



M. MAGALLANES MOURE  
SUS MEJORES  
POEMAS

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE  
PEDRO PRADO

A S C I M E N T

M. MAGALLANES MOURE

SUS MEJORES POEMAS

SELECCIÓN DE PEDRO PRADO

M. MAGALLANES MOURE

# SUS MEJORES POEMAS

SELECCIÓN DE PEDRO PRADO



EDITORIAL NASCIMENTO  
Ahumada 125 — Santiago. Chile, 1926

ES PROPIEDAD DE LA SUCESIÓN  
Inscripción N.º 176

# PRÓLOGO

## MANUEL MAGALLANES MOURE

*Una vida y una obra continuándose la una en la otra como madre oscura en hijo glorioso.*

*A una larga existencia contemplativa corresponde esa expresión que se goza y distiende en el paisaje.*

*Al amante del silencio, un verso que ondula como la brisa.*

*A una gran bondad íntima, la expresión que palpita como un pulso.*

*A la naturalidad de una vida, la sencillez de palabras habituales.*

*Como el corazón en el cuerpo humano, la existencia de Manuel Magallanes Moure, latió central entre todos los hombres.*

*He ahí el origen de esta poesía desnuda que fluye, como el perenne surtidor de la fuente, en*

*medio de las múltiples escuelas, a quienes va despojando la sucesión de los otoños.*

*Es una voz meridiana, de todos comprendida; voz exenta de los grandes contrastes que traen las sombras del alba o del crepúsculo.*

*Una poesía ni vieja, ni joven; palabras que no perturban, versos que no encandilan.*

*Entre los bienes que debo a la vida se cuenta el de haber sido amigo de un hombre hecho de tan extraordinaria transparencia.*

*A través de él como a través de una lente pura, elevada a lo alto, vislumburé, con el mismo ánimo que nos suspende ante una noche clara, la inmensidad solitaria por donde cruza la belleza imponderable.*

*PEDRO PRADO.*

DE FACETAS



# MAÑANA DE ABRIL

## I

**E**N el fondo azul del cielo  
vaporosas nubes blancas;  
el sol ya no quema; es tibio  
como el beso de una pálida.

Caen las hojas fingiendo  
mariposas desmayadas  
y sólo cuelgan despojos  
de nidos, entre las ramas.

Los pájaros tienen frío  
y sobre las viejas tapias  
al sol esponjan las plumas...  
y se estremecen sus alas.

## II

¿Recuerdas, amada mía?  
¿Recuerdas esa mañana  
cuando juntos recorrimos  
la alameda solitaria?

Con el rumor de las hojas  
que el viento arremolinaba,  
dulcemente confundíanse  
tus amorosas palabras.

Y, como los pajarillos  
bebiendo el sol en las tapias,  
se estremecía mi espíritu  
al calor de tus miradas.

## ELEGÍA DE OTOÑO

**E**CHA ¡oh amada mía! el negro velo  
sobre la tez morena de tu rostro  
y vámonos al bosque...

Ya es la tarde

y oblicuos lanza el sol sus dardos de oro,  
poniendo en los anémicos follajes  
la vibración de sus fulgores rojos.

Vamos, amada mía. Ya las brisas  
entonan tristemente los reposos  
de las hojas difuntas, en las viejas  
alamedas de aspecto misterioso.

Caen las hojas, caen siempre... siempre  
y desnudos se quedan poco a poco  
los árboles que azota el frío cierzo.

Caen las hojas, caen... y un sollozo  
prolongado y tristísimo recorre  
la callada avenida, el melancólico  
camino que va al bosque, la alameda  
y el huerto abandonado y silencioso...

Vamos, amada mía. Ya en el bosque  
la luz se irá extinguiendo... Así en tu rostro  
se extinguen dulcemente las sonrisas;  
así desmaya en tus sombreados ojos  
la suavísima luz de tus miradas...

Vamos, amada, y en el bosque umbroso  
cogeremos violetas... ¡Oh violetas,  
lánguidas hijas del dorado Otoño!  
Y tanto que os amó mi buena madre!

Tú ¿recuerdas, mi amada, cuando a todos  
«hijos, dadme violetas»... nos decía?  
Y cuando se las dábamos, sus ojos  
se iluminaban llenos de alegría,  
y aspiraba el aroma deleitoso  
y escogía entre todas las más frescas  
para prenderlas a su pecho...

Pronto  
la noche con su océano de sombras  
inundará los campos silenciosos...

Entonces graznarán las aves negras  
y de la brisa el murmurante soplo  
se abatirá a lo largo del camino,  
salmodiando un trístisimo sollozo...

Y caerán las hojas, lentamente,  
con un rumor pausado y melancólico;  
rumor como de lágrimas que caen  
golpeando sordamente el negro dorso  
de un horrible ataúd...

¡Así mis lágrimas  
tañeron su compás lento y monótono  
sobre la caja que encerró a mi madre  
en una noche lúgubre de Otoño!

## M A R I N A

*A Pedro A. Rézka.*

**I**EMBLA el agua, se infla lentamente y sube, contenida y silenciosa, como si el seno de la mar hinchara formidable suspiro...

Surge la ola  
y dando tumbos, con furor salvaje,  
se precipita entre las verdes rocas  
y revienta en hirviente y blanca espuma  
que los peñascos húmedos azota,  
circulando por quebras y hendiduras  
con rumor de hervidero.

Lacias flotan  
sobre la blanca espuma alborotada  
las algas, como largas y abundosas  
cabelleras de náyades dormidas  
bajo el velo movable de las ondas...

La espuma se deshace, el agua corre  
a formar nuevos tumbos, nuevas olas,  
y quedan los peñascos verdinegros  
tapizados de líquenes y conchas.

Breve silencio. Rumorean sólo  
las cristalinas y risueñas notas  
que producen las aguas al vaciarse  
de las concavidades de las rocas,  
hasta que rompen la armoniosa calma  
el disorde graznar de las gaviotas  
y el retumbo pesado y cavernoso  
de otra ola colosal que se desploma.

## LA SIESTA

*A Luis Robles Via*

**E**N el vetusto corredor, tendido  
sobre una confortable mecedora,  
paso, en dulce quietud, la ardiente hora  
del calor, a la sombra guarecido.

Sobre el extenso campo adormecido  
derrama el sol su lluvia abrasadora,  
y es hálito de fuego que devora  
el aire que circula enardecido.

Mis párpados se cierran dulcemente...  
Embriaga mis sentidos y mi alma  
tibio aliento de cálidos aromas.

Mientras escucho en sueños, vagamente,  
que alzan, en medio de enervante calma,  
su monótono arruyo las palomas.



## EL RIEGO

*A Ricardo Prieto Molina.*

**H**INCA el robusto labrador la azada  
y rompe el dique opuesto a la corriente,  
y el agua, al desbordarse alegremente,  
prorrumpe en cristalina carcajada.

Como el amado en busca de la amada,  
corre el agua a templar la sed ardiente  
de la tierra, que se hincha lentamente  
como el vientre de una hembra fecundada.

Sobre la onda turbulenta y fría  
se columpian las blancas correhuelas,  
ascienden por sus hilos las arañas

y los maíces, ebrios de alegría,  
sacuden, como locos Pulchinelas,  
las ondulantes cintas de sus cañas.

## EL REGRESO

**R**UEDA el tren balanceándose en la vía  
y rechina al chocar el suelto herraje,  
y hacia atrás huye rápido el paisaje  
y avanza la brumosa lejanía.

Cuando su rauda marcha el tren desvía  
cruje desvencijándose el bagaje,  
y pasan en fantástico miraje  
la loma, el llano, el bosque y la alquería.

Es la tarde: iluminanse las chozas  
y vuelan encendidos los carbones  
como enjambres de abejas luminosas.

Surgen, por fin, las huertas lugareñas,  
y tras de las oscuras ramazones  
las luces de mi pueblo me hacen señas.

DE MATICES

## SOBREMESA ALEGRE

*A Isaías Gamboa*

**L**A viejecita ríe como una muchachuela  
contándonos la historia de sus días más bellos.  
Dice la viejecita: «¡Oh que tiempos aquellos,  
cuando yo enamoraba a ocultas de la abuela!»

La viejecita ríe como una picaruela  
y en sus ojillos brincan maliciosos destellos.  
¡Qué bien luce la plata de sus blancos cabellos  
sobre su tez rugosa de color de canela!

La viejecita olvida todo cuanto la agobia,  
y ríen las arrugas de su cara bendita  
y corren por su cuerpo deliciosos temblores.

Y mi novia me mira y yo miro a mi novia  
y reímos, reímos... mientras la viejecita  
nos refiere la historia blanca de sus amores.

## NOCHE DE INVIERNO


*A Rafael Angel Troyo*

**E**N tanto que la lluvia gotas desgrana  
que al chocar en los vidrios de la ventana  
semejan picotazos de ave nocturna,  
a la luz de una lámpara taciturna,  
que apenas rasga el velo de negra sombra,  
en un cuarto sin sillas y sin alfombra,  
Luisa, la rubia anémica, tira la aguja  
y habla con una vieja que se arrebujá  
junto al fibio brasero donde agoniza  
un tizón que se vuelve blanca ceniza.

Por entre las rendijas se cuela el viento  
y zumba, rezongando con bronco acento:  
La lámpara su roja luz conforsiona  
y suelta una hebra de humo que da en la lona  
del techo, sombréandola fugazmente.  
Chorrea el agua afuera, como un torrente;  
los caños se desbordan borbotoneando,  
y un hilo de agua cae de vez en cuando  
desde el alero en ruinas, y friste suena  
como un llanto cayendo sobre una pena.

Y en tanto que la lluvia gotas desgrana  
que salpican los vidrios de la ventana  
y en las pozas murmuran su cristalina  
canción los gorgoritos, y en una esquina  
lóbrega de la estancia suena el pausado  
compás de una gotera sobre el tablado,  
Luisa, la rubia anémica, tira la aguja,  
mientras duerme la vieja como una bruja  
junto al frío brasero donde agoniza  
una chispa cubierta por la ceniza.

## DE MIS DIAS TRISTES

UEDO, muy quedo, penetré a tu alcoba  
y ahogando el rumor de mis pisadas,  
avancé...

Ya la luz desfallecía.  
El aposento sumergido estaba  
en una claridad tenue y dudosa;  
y era esa claridad así tan lánguida  
como la suave luz de tus pupilas  
cuando mi boca febriciente y ávida  
muerde la dulce carne de tus labios...  
Entonces languidecen tus miradas  
con desfallecimientos de crepúsculo.

En el limpio cristal de la ventana  
agonizan reflejos purpurinos  
y las sombras germinan en la estancia,  
como un florecimiento de tristezas  
en los pliegues recónditos de un alma.

Flota un vago perfume... Así el perfume  
de tu alma de mujer enamorada.  
Así tan leve, así tan vago... Acaso  
este perfume delicioso es tu alma!

Acaso este perfume es el espíritu  
de aquellas pobres rosas deshojadas  
que por buscar el sol del vaso huyeron  
y sin sol se quedaron y sin agua...  
Acaso este perfume delicioso  
así tan leve, así tan vago, es tu alma!

Aquí la mesa pequeñita en donde  
llorando escribes tus amantes cartas;  
allí tu traje rosa, cuya seda  
el tibio aroma de tu cuerpo guarda;  
allá en el muro, hundida en la penumbra,  
la silueta borrosa de una santa;  
acá el vacío espejo de Venecia  
como un pozo de sombra, y de la estancia  
en un ángulo oscuro, el blanco lecho,  
como un altar de albura inmaculada!

De rodillas caí junto a aquel lecho  
y convulso de amor besé la almohada,  
y el tibio aroma de tu carne virgen  
busqué, besando las revueltas sábanas  
que ajé ardorosamente en mi locura...

Y hallé las dulces huellas que buscaba  
y el tibio aroma de tu cuerpo amado  
llegó hasta el fondo mismo de mi alma.



Y lloré de placer y de amargura,  
y amoroso besé, mordí con rabia  
y fué un delirio enorme y angustioso...

Temblé.

Miré en redor y mi mirada  
se hundió en la negra sombra de la noche.

Sentí fuego en los ojos...—Eran lágrimas.  
Tambaleando salí, como un demente,  
y abierta y sola se quedó tu estancia...

## LOS BUEYES

A *Rafael Correa M.*

*Væ Victis!*

**V**AN con su lento andar; estremecidas  
las musculosas testas bruscamente  
bajo el yugo oprobioso; las enormes  
pupilas en las órbitas se mueven  
con una triste lentitud y nada  
pone viveza en ellas: permanecen  
clavadas en el suelo y nada miran  
sino la senda misma, y nada advierten  
sino el tropiezo próximo: ellos saben  
cuán dolorosa es la caída siempre  
y cómo aumenta ese dolor el hierro  
de la aguzada pica introduciéndose  
en su trémula carne atormentada.

De los hocicos jadeantes penden  
brillantes hilos que en el blanco polvo  
trazan complejas curvas, que parecen  
los misteriosos signos con que escriben  
éstos desheredados de la suerte,  
en la página inmensa del camino,  
la sombría odisea de sus crueles

marchas interminables, a lo largo  
de una ruta sin fin.

Los tardos bueyes  
son los esclavos del trabajo: nunca  
sus formidables nervios estremece  
la conmoción del goce, ni el espasmo  
de la pasión, ni el súbito deleite  
del ardoroso amor.

Ellos ignoran  
todo lo que es placccr y no apetecen  
sino un puñado mísero de pasto  
para calmar el hambre de sus vientres.  
No juegan: el dolor los tornó graves.  
No retozan: están muy tristes siempre.

Cuando al clarear el alba los pastores  
conducen el ganado al campo verde,  
los terneros brincan de alegría,  
los potros riñen amorosamente  
con las jóvenes yeguas, las ovejas,  
—que miran como miran las mujeres—  
van en nutridos grupos jugueteando  
por la empinada senda hasta perderse  
tras la silueta de una loma,—sólo  
los pensativos, los adustos bueyes

andan con lento andar, las poderosas  
cabezas inclinadas tristemente,  
como si aún pesara sobre ellas  
el humillante yugo...

Cuántas veces  
con mirar resignado contemplaron  
sus cansadas pupilas, a la tenue  
claridad del crepúsculo, el idilio  
de un bravo toro, lleno de altiveces,  
con una mansa ternera joven  
de ancas llenas, redondas y lucientes...

Y ellos, no aman ya... Son los eunucos  
que en el harem del campo languidecen  
mirando las caricias que se hacen  
el sultán de las bravas altiveces  
y la sultana de ancas opulentas.

A veces lucen sus pupilas breve  
relámpago ardoroso...

¡Acaso olvidan  
su triste condición! Quizá recuerden  
el luminoso tiempo en que ellos fueron  
también sultanes del harem campestre...

Pero es sólo un relámpago y bien pronto  
se extingue; entonces sus miradas vuelven

a ser dulces, süaves, resignadas.  
Entonces sus pupilas nuevamente  
giran con grave lentitud y nada  
pone viveza en ellas: permanecen  
clavadas en el suelo y nada miran,  
nada ven, nada observan, nada advierten.

Echados a la sombra de algún álamo  
cuya elevada ramazón se iergue  
en mitad del potrero, a esa hora  
en que el florido campo se adormece  
bajo la gran mirada abrasadora  
del fecundante sol, indiferentes  
a cuanto les rodea, sacudiendo  
la sucia piel, a fin de que se vuelen  
las moscas agrupadas en las lacras  
que les hicieran los pinchazos crueles  
de la ferrada pica; restregando  
las enormes mandíbulas que muelen  
el pasto no rumiado en la mañana,  
caídas las orejas, como imbéciles,  
ahí están, los esclavos del trabajo,  
los eünucos del harem campestre,  
los que no aman, ni juegan, ni retozan,  
los graves, los adustos, los que siempre  
tristes están pensando en los idilios  
de las tardes rosadas...

¡Oh los bueyes!

## FINAL DE OTOÑO

**A**GONIZA en el mísero aposento  
la llama del hogar. Un melancólico  
fulgor oscila al pie del blanco muro  
y alumbra tristemente los contornos  
de las combadas vigas.

A intervalos  
sopla el viento sus lúgubres rezongos  
por entre las rendijas de la puerta.  
Entonces de la hoguera se alzan rojos  
destellos que en la sombra se dilatan.  
como miradas de terror, que a poco  
se extinguen en un súbito desmayo.

Cae la lluvia, rómpanse los chorros  
en las sonoras charcas y chasquean  
las gotas que con ímpetu rabioso  
arroja el vendaval contra los vidrios.

En la mísera estancia, al melancólico  
resplandor de la lumbre agonizante,  
hundidos en sus lechos haraposos,  
los viejos hablan pausadamente.

Dice el anciano como en un sollozo:  
— «A la tarde, hoy he visto desprenderse  
las postrimeras hojas.

Poco a poco  
cayeron y, como aves moribundas,  
trazaron amplios círculos en torno  
de los desnudos árboles. El cierzo  
vino después y las echó al arroyo.  
Entonces yo las ví como subían  
y bajaban flotando sobre el dorso  
de la fugaz corriente.

Un calofrío  
estremeció los descarnados troncos,  
cuyos ganchos sin hojas se agitaron  
en un espasmo convulsivo, como  
si fueran a romperse...»

Con voz suave  
la anciana dice tristemente:— «Somos  
en nuestra soledad como los viejos  
árboles sin follaje. En el otoño  
de la vida, perdimos nuestras galas.

Del cierzo de la muerte al frío soplo  
cayeron nuestros hijos, como al viento  
caen las hojas otoñales. Solos  
estamos en el campo de la vida,

como esos negros y torcidos troncos  
que las rachas combaten.

Uno a uno  
se fueron nuestros hijos al ignoto  
país a donde van viajeros pálidos  
que no vuelven jamás.

En el otoño  
de la vida, como árboles perdimos  
nuestro follaje único...

Los troncos  
volverán a cubrirse en primavera  
de nuevas hojas verdes y nosotros  
por siempre nunca recobrar podremos  
nuestras hojas caídas...»

\* \* \*

En el lóbrego  
apuesto la llama moribunda  
del hogar se apagó.

Los bulliciosos  
chasquidos de la lluvia se extinguieron;  
del viento se acallaron los rezongos  
y, en medio del silencio de la noche,



los dos viejos, tendidos en el fondo de la sombría estancia, se quedaron mudos también. Y sus abiertos ojos se dilataron en la negra sombra y mirando sin ver, en cruel insomnio se quedaron pensando en otros tiempos...

...Cuando veía el sol sus rayos de oro sobre la limpia choza y era buena la vida y florecía el campo y todo respiraba contento. Cuando alegres resonaban los cánticos sonoros de los rubios muchachos que jugaban entre las flores del jardín y en torno del alero volaban gorjeando risueñas golondrinas...

\* \* \*

Cuando el alba filtró un tenue reguero luminoso por el resquicio de la puerta, siempre los dos viejos, tendidos en el fondo de la estancia sin luz, permanecían mudos y sin cerrar sus turbios ojos.

DE LA JORNADA

## LA JORNADA

*A Francisco Villaespesa*

**E**MPRENDIERON la ruta cuando el alba  
desenvolvió a lo largo de la noche  
la ondulada silueta del camino.

Dormían las cabañas en los bordes  
oscuros de la senda; como un rastro  
de luz en medio del silencio, oyóse  
surgir a la distancia el prolongado  
mujir de las vacadas, y por sobre  
la quietud de los campos, deslizáronse  
las brisas, produciendo suaves roces  
entre las altas ramas y en las charcas  
haciendo resbalar leves temblores.

Marcharon los viajeros, y a medida  
que avanzaban, las sombras de la noche  
se iban desvaneciendo.

Las estrellas  
se hundían en el cielo, como flores  
que se sumergen en el agua.

Lejos,  
ante la claridad del horizonte,  
las montañas erguían sus perfiles.

\* \* \*

Fijos los ojos en la blanca senda,  
mudos, ensimismados, los viajeros  
lentamente marcharon, perseguidos  
por la asfixia del polvo y por el fuego  
del implacable sol.

Tras de sus huellas  
se arrastraban sus sombras, como perros  
silenciosos, fantásticos.

Cantaban  
los empinados árboles, bebiendo  
la blanca luz del sol, y sonreían  
las praderas secundas, los austeros  
montes y los boscajes misteriosos.

Por el camino largo y polvoriento,  
bajo el sol implacable, lentamente  
marcharon y marcharon los viajeros.

\* \* \*

Marchaban sin descanso desde el alba...  
Y sucedió que al sol de medio día  
una visión les sonrió.

Por entre  
los floridos cardales de la orilla  
surgió ante sus miradas una choza  
de cuyo techo rústico subía,  
recta al cielo, una onda temblorosa  
de humo azul.

Espléndida, festiva  
como el reir de un pájaro, una joven  
voz de mujer volaba perseguida  
por una ronda de fugaces trinos.  
Y única vez en aquel largo día,  
detuvieron su marcha los viajeros.

\* \* \*

Acallando el rabioso vocerío  
de los perros esclavos, una anciana  
piadosamente les brindó descanso  
bajo el ancho ramaje de una acacia.

Allí, a la clara sombra de aquel árbol,  
envuelta en luz violeta, saturada  
de reflejos de sol, una muchacha  
con grácil voz cantaba una armoniosa

canción de campesinos, mientras rápidas  
se movían sus manos, enhebrando  
con el sutil croché la roja lana.

\* \* \*

Cesó el cantar, y púdica, y hermosa,  
y fresca como el agua cristalina  
que al desbordarse del humilde vaso  
por sus desnudos brazos se escurría,  
se ofreció la muchacha a las sedientas  
marchadas recargadas de fatiga  
de aquellos caminantes.

Y era rubia  
la carne de sus brazos, y era límpida  
la expresión de sus ojos, y eran llenas,  
como frutas maduras, sus mejillas.  
Y eran blancos los dientes y eran húmedos  
los labios de la joven campesina.

Y toda ella con olor a hierbas  
olorosas, y toda ella henchida  
de savia juvenil, y toda ella  
como un sorbo de agua cristalina...

Y marcharon de nuevo los viajeros  
llevándose en el fondo de su alma

la inefable impresión del agua límpida  
y la fresca visión de la muchacha.

\* \* \*

Marcharon esta vez alegremente  
por el camino polvoriento y largo.

Descendía la tarde y era de oro  
la oblicua luz del sol. Aligerados  
de la opresión del yugo, caminaban  
los taciturnos bueyes, destacando  
sobre las alamedas verdinegras  
sus macizos contornos, perfilados  
con el oro del sol. Todas las sombras  
largamente crecían y los pájaros  
al través del camino se alejaban  
en bandas bulliciosas.

Entretanto,

volaba por la senda el sonriente  
cantar de los viajeros, despertando  
la alegría al pasar.

Pero el más joven  
de aquellos caminantes, un muchacho  
de rostro imberbe y vigoroso cuerpo,  
no cantó aquella tarde.

## Ensimismado

caminó, separándose de todos,  
y por más de una vez detuvo el paso  
para mirar atrás, como si hubiera  
sentido a la distancia algún llamado  
que lo invitara a regresar...

\* \* \*

## Las sombras

subían de los campos a los montes  
como una gran marea, y a medida  
que iba ascendiendo esa marea enorme,  
en ella toda luz naufragaba  
y se apagaban todos los rumores.

Arriba, en el azul del firmamento,  
brotaban las estrellas como flores  
que fueran asomando unas tras otras  
sobre la superficie de un estanque...



## EL PATIO DORMIDO

*A Baldomero Lillo.*

**S**OBRE el extenso patio brilla la resolana  
con cansada vislumbre; desfallecen las flores  
como mujeres llenas de inefables ardores  
y lejos suena el lento rumor de una campana.

Cuando se desvanece la última campanada  
desciende gravemente sobre todo el contorno  
un gran silencio; tiemblan vapores de bochorno  
y la vislumbre se hace más viva y más cansada.

Duermen los viejos muros de luminosas grietas,  
duerme el sol a lo ancho del suelo calcinado,  
duermen las claras sombras de color de violeta.

Duermen todas las cosas y sólo en una esquina  
del patio, un caño de agua, que quedó mal cerrado,  
dentro de un cubo vierte su canción cristalina.

## LA NIÑA JADEANTE

**E** llegas junto a mi, toda agitada  
como tras de un divino y largo esfuerzo,

Es un cansancio alegre el que te inquieta,  
como el cansancio alegre del que alcanza  
con porfiada labor un regocijo.

Tus labios me sonríen entreabiertos  
y por ellos se escapa el fuerte soplo  
de tu respiración, y cuando luego  
tus labios se reúnen, se dilatan  
los nerviosos y finos agujeros  
de tu nariz.

Con tu cansancio alegre,  
con el ondear de tus redondos senos,  
con el rodar de tus sedosas trenzas,  
con el fuego de vida en que está envuelto  
todo tu ser, pareces, niña ingenua,  
una bacante de vestir moderno.

Seductora inconsciente, encantadora  
que ignoras, castamente, los efectos

de tus vivos encantos, tus pupilas  
miran con limpidez, sin ver que dentro  
de las mías se iergue amenazante  
una hambrienta manada de deseos.

## EL ESTANQUE

*A Augusto Thomson*

**E**N el vacío estanque caía la cascada  
del agua alegremente. Como una carcajada  
plena de regocijo, caía el agua adentro,  
y los trezados chorros en incesante encuentro  
daban los claros timbres de una cristalería  
que rodara hecha trizas.

La buena agua reía  
llenando aquel estanque, y según se elevaba  
la onda temblorosa, en ella se ahogaba  
la risa de los chorros, hasta que una vez lleno,  
el estanque durmióse dulcemente sereno.

\* \* \*

Los grillos ensayaban sus ásperos acordes  
y las flores silvestres erguidas en los bordes  
del agua perfumaban su sueño. Suavemente  
la luz languidecía en la tarde silente.

\* \* \*

Entonces desde el fondo del estanque dormido surgió un débil murmullo, un rumor parecido al murmullo de sedas que produce la brisa cuando va a campo abierto: armonía indecisa como la de un suspiro; música de un aroma, perfume de una música que como incienso toma vaguedades de ensueño. Y aquel rumor süave, que pudo ser el último gorjeo de alguna ave, o el lejano recuerdo de alguna voz amada, o el rumorear del aire, o el lenguaje de un hada, fué llenando mi espíritu de una melancolía dulce, así como el lánguido desfallecer del día.

\* \* \*

El estanque durmiendo su sueño misterioso decía en un susurro:

«¡Oh tu amor delicioso,  
buena agua! Amada mía, cómo me has poseído  
por entero! Al principio tus risas despertaron  
en mi seno alegrías inmensas; agitaron  
dentro de mí los claros cascabeles de oro  
de la suprema dicha. Tu lenguaje sonoro  
de voces cristalinas, llenó mi ancho seno  
con la divina música del amor grande y bueno.

Después, según tú ibas entrando en mí, tu risa desfalleció, tu alegre voz se tornó sumisa

cual la voz de una esposa que ama. Aquí, en mi seno,  
tu alma clara durmióse con un dormir sereno,  
y mi ser poseído por tu ser transparente  
en un dulce desmayo sumióse lentamente.

\* \* \*

Los batracios ritmaban sus místicos acordes,  
y las flores silvestres erguidas en los bordes  
del agua, conservaban aún en sus corolas  
una tenue luz húmeda. En sus asperas violas  
los grillos preludiaban la canción del crepúsculo.

\* \* \*

Cayó sobre mi frente un insecto minúsculo  
y ahuyentó mis sueños...

Me alejé silencioso  
bajo los grandes árboles, llevándome este hermoso  
pensamiento que siempre florecerá en mi mente:  
Como el Agua, el Amor. Como el Estanque, el hombre.

## AL SOL

**E**L sol de medio día  
baña el dormido huerto;  
los árboles alargan  
sus ramas hacia el suelo.

De la caldeada tierra  
suben vapores trémulos;  
no hay un soplo en la atmósfera  
ni una nube en el cielo.

Brota sudor copioso  
tras del más leve esfuerzo,  
y hay sabores amargos  
en los labios sedientos.

\* \* \*

Apoyado en la azada,  
descoyuntado el cuerpo,  
descansa bajo un árbol  
el jadeante labriego.

La alegría del agua  
ríe con claro acento  
deslizándose rápida  
por el cauce estrecho.

Los líquidos tentáculos  
laman el blanco suelo;  
de las grietas emergen  
fugaces burbujeos.

Y por sobre las aguas,  
como esquife ligero,  
va una hoja minúscula  
y en la hoja, un insecto.



## EL BARCO VIEJO

*A Manuel Ugarte*

**A**LLÁ, en aquel paraje solitario del puerto,  
se mece el viejo barco a compás de las ondas  
que tejen y destejen sus armiñadas blondas  
en derredor del casco roñoso y entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto  
de líquenes que ondulan cuando pasan las rondas  
de los peces, clavando sus pupilas redondas  
en el barco que flota como un cetáceo muerto.

Y el barco, que fué un barco de los que van a Europa,  
y que era todo un barco, de la proa a la popa,  
ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,

sus amarras sacude, y rechina, y se queja  
cuando ve que otro barco mar adentro se aleja  
mecido por las olas en blanda oscilación.

## O M A Ñ A N A   G R I S



LA niebla sobre el mar.

Flota la niebla

y es como un sueño blanco y misterioso  
vagando sobre un alma entristecida;  
como el vapor de un sueño melancólico  
al aclarar de un triste día.

Flota

la niebla.

Sobre el mar la niebla es como  
un ensueño flotando sobre una alma:  
un ensueño muy íntimo, muy hondo  
y muy blanco, por cuya blanca bruma  
fuera temblando un desfile borroso  
de pensamientos tristes, como sombras  
al través de la niebla; y en el fondo  
de aquel ensueño blanco, lentas, lentas  
van las barcas. Aquellas que ni al soplo  
del viento, ni al empuje formidable  
del vapor abandonan su reposo.

Aquellas que se mueven solamente  
cuando se arquean los fornidos torsos  
de los barqueros, y los remos se hunden  
en el inflado vientre tembloroso  
del agua.

Van las  
barcas y el prodigio  
de la niebla agiganta sus contornos.  
Envueltas en la bruma van las barcas.  
Van como pensamientos dolorosos  
que huyeran al través de un sueño blanco.

Y mudas como en un cinematógrafo  
se encogen y alargan las siluetas  
de los que van remando con monótono,  
pausado compás.

Aquellas barcas,  
con su deslizamiento silencioso,  
parecen los espectros de las naves  
que el océano atrajo hasta su fondo.  
Son como lenta procesión de sombras  
trás la bruma de un velo tembloroso.

Del blanco abismo de la blanca niebla  
se escapan gritos prolongados, chorros  
de sonidos que vibran en el aire

con rumor de aletazos. Un sonoro  
silbido arranca y de onda en onda vuela  
como un grito salvaje.

Sobre el dorso  
del infinito mar, la blanca niebla  
duerme su sueño inmóvil.

Poco a poco  
se deslizan las barcas como espectros  
al través de un ensueño melancólico.

## TARDES DE LA CIUDAD

**A** esa hora en que los vidrios reflejan  
las llamaradas postrimeras del sol,  
las señoritas adorables se asoman  
con sus floridos trajes al balcón.

Como un torrente por la calle sonora  
van los carruajes de espejeante charol  
y dentro de ellos las lucientes chisteras  
ríen con delicioso buen humor.

En actitudes de afectado abandono  
las señoritas están en el balcón:  
sobre sus senos se marchitan las rosas  
como amorosas almas sin amor.

Buscan sus ojos unos ojos soñados,  
ojos que nunca miraron al balcón.  
Pasan pupilas anegadas en tedio  
y todas al pasar dicen «¡adiós!»

La noche cae melancólicamente,  
y poco a poco desfallece el rumor

de los carruajes que se van, dilatando  
sus luces al pasar frente al balcón.

Y en actitudes desconsoladas dejan  
las señoritas una a una el balcón.  
Tras de las puertas, que gimen al cerrarse,  
entona la tristeza su canción...

## LA CARRETA

**P**OR el camino interminable y blanco  
bajo el fuego del sol; por el camino  
que los vetustos álamos protegen  
con sus ramajes largamente erguidos,  
va la tarda carreta dando tumbos  
y rechinando, como un monstruo herido  
que fuera lentamente, lentamente  
arrastrando a lo largo del camino  
el enorme dolor de su agonía.

Trémulos van los bueyes, abatidos  
en la contemplación del blanco suelo  
que rozan con sus húmedos hocicos,  
cuya baba, ahilándose, dibuja  
en el polvo arabescos infinitos.

Y ante las bestias mudas, siempre mudas  
en su eterno tormento, entristecido  
como sus bestias y como ellas mudo,  
el carretero marcha pensativo  
contemplando las huellas que dejaron  
los que antes que él cruzaron el camino.

• • •

A la sombra de un sauce cuyos brazos musculosos subían retorcidos en actitud desesperada, el triste convoy cesó de andar.

A un ronco grito del carretero, los cansados bueyes se detuvieron, y en señal de alivio alzaron sus cabezas taciturnas en una brusca sacudida que hizo crujir el yugo prolongadamente.

• • •

Me acerqué al carretero. El, distraído, levantaba los brazos sosteniendo la pica de colihue. Un cigarrillo humeaba colgando de sus labios.

Era un viejo aquel rudo campesino y era un atormentado por la suerte.

Me refirió sus desventuras. Dijo que venía del fondo de los campos en marcha a la ciudad. Llevaba al «niño» —y era dulce la voz del buen labriego—



moribundo de un mal desconocido,  
e iba a dejarlo al hospital del pueblo.

\* \* \*

Entonces advertí un leve suspiro  
doloroso surgiendo desde el fondo  
de la inmóvil carreta. Allí, tendido,  
con los ojos cerrados, con el rostro  
pálido y angustiado, estaba «el niño»,  
un mozo de veinte años. De su boca,  
el aliento escapábase en silbidos.

Cuando al fin mis miradas se apartaron  
de aquel penoso cuadro, encontré fijos  
en mí los ojos del labriego, y nunca,  
nunca podré olvidar el infinito  
mirar de aquellos ojos, que tenían  
algo del dolor mudo e incisivo  
que hay en los ojos de las bestias, cuando  
ven fulgurar la hoja del cuchillo...

\* \* \*

Por el camino interminable y blanco  
bajo el fuego del sol, por el camino,  
la pesada carreta fué alejándose...

Sobre los campos de maduro trigo  
flameaba el sol alegremente, y era  
como fiesta de luz el áureo brillo  
de las fecundas sementeras.

Lejos,  
gemían tristemente los chirridos  
de la carreta en marcha...

## LOS GATOS VIEJOS

*A María, mi madrina.*

**P**EREZOSOS, dormilones,  
aman la blandura grata  
de los tibios almohadones  
y desdeñan a la rata  
que rasguña en los rincones.

Ya se estiran soñolientos  
e hincan sus uñas sin filo  
en los bordados asientos;  
ya se acurrucan, y el hilo  
siguen de sus pensamientos.

Siéntanse frente a la hoguera  
donde la olla trepida  
y alza su hervor la tetera,  
con una oreja tendida  
hacia los ruidos de afuera.

Mientras sus entrecerradas  
pupilas observan con  
fijeza las endiabladas  
piruetas que en el fogón  
hacen las llamas doradas.

\* \* \*

En la dulce lascitud  
de sus ensueños piadosos  
se diluyó la inquietud  
que animó los borrascosos  
años de su juventud.

Y ellos que en noches de amores  
fueron al claro de luna  
galantes conquistadores '  
a los cuales la fortuna  
no escatimó sus favores;

Ellos que en las transparentes  
noches de azul y de plata  
riñeron como valientes  
por el amor de una gata  
que había cien pretendientes,

Desoyen ahora el ruego  
de las novias olvidadas  
y en el plácido sosiego  
de las mansiones calladas  
se adormilan junto al fuego.

## DIA DE LLUVIA

**S**OBRE el oro enrojecido  
de los follajes de otoño  
tiende el nutrido aguacero  
su amplio velo nebuloso.

Canta el agua en los tejados  
con rumor claro y monótono  
y de los aleros penden  
los entretejidos chorros.

La vieja casa está muda  
y sus corredores solos.  
Apenas si tras un vidrio  
se ve un pensativo rostro.

Un semblante pensativo,  
que con mirar melancólico  
va siguiendo el fascinante  
caer de los claros chorros.

## EL BAÑO

*A Pedro Gil.*

**E**N un rincón discreto del parque legendario sus muros que recubren viejas enredaderas alza el baño, al través de las brumas ligeras que suben de la tierra como de un incensario.

Dentro de la vacía piscina un solitario sauce va dejando caer sus postrimeras hojas, mientras los sapos desde sus madrigueras gargarizan las notas de un vibrante rosario.

Flota en aquel recinto misterioso el ensueño de las blancas mujeres que con reír sonoro se hundieron en el agua de la piscina aquella.

Todo habla de caricias, y hasta un rayo risueño del sol poniente, vuela como un beso de oro que buscara una boca para posarse en ella.

## EL VENDIMIADOR A SU AMADA

**E**N los frescos lagares duerme el zumo oloroso  
de las uvas maduras. Turbador, amoroso,  
es el vapor que sube de los frescos lagares,

¡Y tu aliento oloroso como los azahares!

\* \* \*

Ayer, cuando en la viña cogías los maduros  
racimos, yo observaba los finos, los seguros  
perfiles de tus amplias caderas y los llenos  
contornos de tus breves y poderosos senos.

El sol quemaba el aire, y caía, caía  
sobre mí, y en mi alma no sé qué florecía.  
Algo en mí germinaba; algo ardiente, algo rudo.

¡Y tus ojos brillantes y tu cuello desnudo!

\* \* \*

Ayer, cuando en la viña bañada en sol cogías  
los racimos maduros, advertí que reías

con una risa nueva. Tus labios se esponjaban húmedos, deliciosos... Y los míos temblaban. En torno a tí agrupábanse todas tus compañeras...

¡Y la sencilla falda ciñendo tus caderas!

\* \* \*

Cuando me quedé solo bajo el sol irritante descubrieron mis ojos aquel bosque distante de amarillentos álamos. Nunca había advertido que existiera aquel bello bosque desconocido.

Caminando por entre las vides deshojadas, ahuyentando a mi paso las sonoras bandadas de los pájaros, fuíme hacia aquel bosquecillo. Como oro al sol brillaba su follaje amarillo.

Allí en aquel boscaje, todo, todo es amable. Allí las zarzas fejen un muro impenetrable y se esparcen las hojas por el suelo, formando como una alfombra de oro. ¡Si supieras qué blando tapiz es el que forman las hojas amarillas!

Allí hay rumor de insectos y cantos de avcillas, pero nada perturba la calma deseada...

¡Y tus labios henchidos cual fruta sazonal!



\* \* \*

Me interné todo trémulo por aquel bosquecillo  
y allí oculto, allí estuve hasta que cantó el grillo.  
¿Por qué te esperé tanto? ¿Por qué creí que irías?

\* \* \*

Al regreso las sendas todas eran sombrías...

## EL REGRESO

**M**E detuve en la entreabierta  
puerta de mi oscuro hogar  
y besó mi boca yerta  
aquella bendita puerta  
que me convidaba a entrar.

Mi corazón fatigado  
de luchar y de sufrir,  
cuando escuchó el sosegado  
rumor del hogar amado  
de nuevo empezó a latir.

Fué como el lento regreso  
de la muerte hacia la vida;  
como quien despierta ileso  
tras fatal caída al beso  
de alguna boca querida.

Adentro una voz serena  
decía cosas triviales  
y había un dejo de pena  
en esa voz suave y llena  
de cadencias musicales.

La voz suave de la esposa  
despertó mi corazón;  
aquella voz amorosa  
que en otra edad venturosa  
me arrulló con su canción.

Desfallecido de tanto  
batallar y padecer,  
llevando en los ojos llanto  
y en el alma desencanto,  
llegué ante aquella mujer.

Caí junto a su regazo  
y en él mi cabeza hundi  
y unidos en mudo abrazo  
de nuevo atamos el lazo  
que en mi locura rompí.

Ni reproches ni gemidos...  
Sólo frases de perdón  
brotaron de esos queridos  
labios empalidecidos  
por tanta y tanta aflicción.

— «Llora, llora—me decía—  
Yo sé que llorar es bueno»...  
Mudo mi llanto caía  
y ella mi llanto bebía  
y me estrechaba a su seno.

Nunca, nunca he de olvidar  
sus palabras de cariño  
ni el amoroso cantar  
con que tras lento llorar  
me hizo dormir como a un niño.

## VIAJE DE ENSUEÑO

*A Fernando Santivan.*

**T**ODAS las tardes recorro  
la misma empinada senda  
que del alto acantilado  
por la orilla serpentea.

Abajo el mar en reposo  
canta su canción eterna,  
tejiendo blancos encajes  
alrededor de las peñas.

Todas las tardes desciendo  
la misma ondulada senda  
que al viejo muelle conduce  
de la escondida caleta.

Viejo muelle todo lleno  
de soledad y tristeza;  
nunca un viajero lo cruza,  
nunca un barco a él se allega.

Cruje su añejo tablado  
y su fábrica retiembla

cuando las pesadas olas  
en sus pilotes se estrellan.

Sus enmohecidos hierros  
se exfolian como cortezas  
y hay musgos verdes y rojos  
en sus roñosas maderas,

\* \* \*

Todas las tardes mis pasos  
en aquel muelle resuenan;  
todas las tardes, de codos  
me afirmo en su delantera.

Ante mis ojos se extiende  
del mar la llanura inmensa;  
el sol en el horizonte  
roja lámpara semeja.

Leve y azulada bruma  
del mar en calma se eleva,  
y entre la bruma una barca  
surge y al muelle se acerca.

Viene la barca en silencio;  
callada, callada llega.  
Echado sobre la borda  
veo un hombre entre la niebla.

Y entonces grito:—Buen hombre!  
Te daré lo que tú quieras  
si me admites en tu barca  
y al país que amo me llevas.

El buen hombre nada dice,  
pero su mano hace señas  
y sin detenerme bajo  
por la escala que el mar besa.

Bajo y abordo la barca  
que entre la bruma se interna  
y en silencio, lentamente,  
del viejo muelle se aleja.

Y boga y boga.—Un abismo  
de blancura la rodea,  
y boga la barca en busca  
de la anhelada ribera.

Y se va la luz. La blanca  
bruma fórnase en espesa  
sombra que todo lo envuelve...  
Y la barca boga, vuela.

Pasan las enormes olas  
en rumorosa carrera  
y el viento zumba en la quilla  
y es la noche inmensa, inmensa...

—Atraca!—una sombra grita.  
La barca al muelle se acerca  
y sin detenerme subo  
por la escala que el mar besa.

Y cuando me encuentro arriba  
mis pasos tristes resuenan  
sobre el muelle abandonado  
de la escondida caleta.

• • •

Todas las tardes la barca  
por entre la bruma llega.  
Echado sobre la borda  
viene un hombre y me hace señas.

Todas las tardes me embarco  
en la barca que se aleja...  
que boga, que boga en busca  
de la anhelada ribera.

Y todas las noches mi alma  
desfallece de tristeza  
cuando de nuevo en el muelle  
mis lentos pasos resuenan...



## NADIE VE, NI TU MISMA...

**C**OMO el rayo de sol que envuelve al árbol  
y que hace florecer todas sus ramas;  
como la onda de agua cristalina  
que da al rugoso tronco fresca savia,  
así en redor de mí, como un divino  
efluvio que hace florecer mi alma,  
así como la onda cristalina,  
dándome un vigor nuevo estás, mi amada.

Como la flor su aroma, como el rayo  
de sol su aura ardiente, como el agua  
su frescura vital, así te llevo  
conmigo, así de mí nunca te apartas.  
Ante mi vista erguida te hallo siempre,  
siempre estás al final de mis miradas:  
te ven mis ojos cuando estoy despierto,  
y si dormido estoy te ve mi alma.

Aunque nunca se unieron nuestras bocas  
y nunca nuestros brazos en guirnalda  
de amor entrelazáronse, mis labios  
están sobre tu boca perfumada

continuamente. Nadie, ni tú misma,  
nadie ve con qué dulce, con qué blanda  
suavidad van mis labios oprimiendo  
tu boca tan pequeña y tan amada...

Nadie ve, nadie ve cómo rodean  
mis brazos tu cintura delicada;  
cómo mi cuerpo roza el cuerpo tuyo,  
cómo te estrecho a mí, cómo te palpan  
mis manos temblorosas. Nadie advierte  
cómo, ávido de tí, caigo a tus plantas!  
Nadie ve, ni tú misma, que te adoro  
con toda la ternura de mi alma...

## EL SENDERO

**M**I amor lo tengo comparado  
con un sendero de ilusión:  
por él entréme descuidado  
y no sé ahora adonde voy.

Abierto y fácil cuando entré,  
a poco andar se enmarañó;  
seguí por él y ya no sé  
ni adonde va ni adonde voy.

Cuando los cardos me cercaron  
quise invertir mi dirección.  
Ellos el paso me cerraron  
y ahora ignoro adonde voy.

Este sendero es un bajar  
y es un subir fascinador,  
mis pies caminan sin cesar  
y siempre ignoro adonde voy.

Rumor de abismo escucho a veces  
oigo después canto de amor,

temores tengo y languideces  
y no se nunca adonde voy.

A veces voy por una alfombra  
de flores bellas bajo el sol  
y a veces húdome en la sombra  
sin saber nunca adonde voy.

¿Lleva a la gloria este sendero,  
o lleva a la condenación?  
Tú me dijiste: «Allá te espero».  
Y voy, e ignoro adonde voy.

Oh! cuánto tiempo que camino...  
Atrás, atrás mi hogar quedó  
y en él mi esposa hilando el lino.  
¡Y me alejo, y no sé adonde voy!

## EL PASEO SOLITARIO

**Y**A estoy solo, mi amor. Tras el penoso  
ascender por atajos y quebradas  
domino la extensión del mar ruidoso,  
cuyas olas se rompen en cascadas  
al pie del farellón en que reposo.

El mar, la soledad... Allá la ardiente  
fulguración del sol que ya declina,  
y abajo un remover de espuma hirviente  
y un chorrear de agua cristalina  
que está corriendo interminablemente.

El mar y el cielo en lo alto separados  
poco a poco se acercan, se confunden,  
cual dos enormes cuerpos enarcados  
y ya en el horizonte, ambos se funden  
como en un beso dos enamorados.

• • •

Ya estoy solo, mi amor. Estar contigo  
en esta soledad fuera mi anhelo;

solos ante el océano, al abrigo  
de estas rocas y bajo este áureo cielo  
que alegre ríe como un rostro amigo.

Tener sobre mi hombro reclinada  
tu cabeza y posar en tus pupilas  
mis ojos y beber la luz dorada  
de tus pupilas verdes y tranquilas  
que miran como un mar hecho mirada.

Tenerte aquí, mientras el mar desfloca  
sus espumas jugando entre las peñas;  
tenerte aquí, sobre esta erguida roca  
y preguntarte suavemente:—¿sueñas?  
y unir después mi boca con tu boca

\* \* \*

Para decirte lo que mi alma amante  
callada guarda, pues no halló el momento  
de decírtelo a solas y anhelante  
contarte todo, todo lo que siento,  
quisiera estar contigo en este instante.

Aquí en la soledad, a la difusa  
claridad del crepúsculo marino,  
encendida en amor mi alma y confusa  
de placer, te hablaría en el divino  
idioma en que el poeta habla a su musa.

Aquí en la soledad de este paraje  
donde ojos no hay que miren a hurtadillas  
ni oídos prestos al espionaje,  
yo a tus pies caería de rodillas  
como cae ante el ídolo el salvaje...

\* \* \*

Ya estoy solo, mi amor. El viento azota  
las olas que en rebaños tumultuosos  
atropelladas van. Un barco flota  
y abre y cierra sus remos luminosos  
en un blanco aleteo de gaviota.

Y prefiero estar solo, amada mía,  
porque allá al lado tuyo está el tormento  
de ver que en todo hay un mirar que espía,  
de hallar en todo un escuchar atento  
que oye cuanto mi boca te confía.

Sí! Prefiero estar lejos del encanto  
que de tu ser divino se desprende  
y recordar tu imagen que amo tanto  
mientras resuena el mar y el cielo enciende  
las luminosas flores de su manto.

\* \* \*

Porque en la soledad amplia y desnuda  
que me envuelve, mi boca se liberta  
de la mordaza que la tiene muda  
y con gran voz te llama y no despierta  
ni un eco hostil mi voz ardiente y ruda.

Porque en la soledad te llamo y vienes  
y a mí te acercas llena de ternura  
y me dejas besar tus blancas sienas  
y el prodigio admirar de tu hermosura  
sin que las ansias de mi amor refrenes.

Porque en la soledad con alegría,  
vienes al lado mío y soy tu dueño;  
porque en la soledad mi fantasía  
realiza en tí su más soñado sueño  
y en mis brazos te estrecho, y eres mía!

\* \* \*

Va la luna bogando como una  
barca que se tumbó del lado izquierdo.  
Volveré por aquella blanca duna  
y alumbrarán mi senda tu recuerdo  
y la luz misteriosa de la luna.



## EL ROMPIMIENTO

**E**N un chispazo de orgullo,  
o de dignidad (y creo  
que quizás fué de amor propio)  
la eché en cara mi desprecio.

Ella quiso disculparse,  
quiso defenderse, pero  
yo no la escuché y entonces  
su boca guardó silencio.

Calló su boca y hablaron  
sus ojos. ¡Lo que dijeron  
esos adorados ojos  
en su mirar altanero!

Aún me parece mirarlos,  
Me parece que aún siento  
cómo rasga mi alma el filo  
de ese mirada de hielo.

Y nos separamos. Ella,  
dominando en un esfuerzo

de valentía el desmayo  
de su alma y de su cuerpo.

Yo con las pupilas húmedas  
y con un nudo en el pecho,  
sin saber adonde iría,  
tambaleando como un ebrio,

Y poco a poco, a medida  
que caminaba y más lejos  
veía su casa muda,  
más crecía mi tormento.

Era un dolor crüel, como  
si me arrancaran los nervios.  
Era como si mi alma  
se hubiera quedado dentro

de aquella casa querida  
y al alejarse mi cuerpo  
tirara de ella y sus fibras  
fuera una a una rompiendol

• • •

Pasan y pasan los días  
y no pasa mi tormento:  
mi alma sigue allá prendida  
y tira de ella mi cuerpo.

Y es una angustia constante,  
y es un padecer eterno  
y es un sufrir sin alivio  
y es un dolor sin consuelo.

Continuamente en mis labios  
está el sabor de sus besos;  
continuamente me embriaga  
el aroma de su cuerpo.

Para ella, al despertar,  
es mi primer pensamiento:  
y estoy en ella pensando  
a toda hora y momento.

Cuando por la noche apago  
la lámpara, en ella pienso  
y en el fondo de la sombra  
la ven mis ojos abiertos.

La ven mis ojos, erguido  
el alto y hermoso cuerpo,  
tan bella como la Virgen  
María que está en los cielos.

Y hallo que mi almohada es dura  
y helada, helada la siento  
porque una vez mi cabeza  
recliné sobre su seno.

Y cuando desfallecido  
de sufrir los ojos cierro,  
mi espíritu está con ella  
y ella está en todos mis sueños.

• • •

Maldito orgullo y maldita  
dignidad de aquel momento!  
Creí que ya no la amaba  
y estoy por su amor muriendo...

## J A M A S . . .

**A**NTE nosotros las olas  
corren, corren sin cesar,  
como si algo persiguieran  
sin alcanzarlo jamás.

Dice la esposa: ¿no es cierto  
que nunca habrás de tornar  
junto a esa mujer lejana?  
Y yo le digo: jamás!

Ella pregunta: ¿no es cierto  
que ya nunca volverás  
a celebrar su hermosura?  
Y yo contesto: jamás!

Ella interroga: ¿no es cierto  
que nunca habrás de soñar  
con sus fatales caricias?  
Y yo respondo: jamás!

Las olas mientras hablamos  
corren, corren sin cesar.

como si algo persiguieran  
sin alcanzarlo jamás!

Dice la esposa: ¿no es cierto  
que nunca me has de olvidar  
para pensar sólo en ella?  
Y yo le digo: jamás!

Ella pregunta: ¿no es cierto  
que ya nunca la amarás  
como la amaste hasta ahora?  
Y yo contesto: jamás!

Ella interroga; ¿no es cierto  
que su imagen borrarás  
de tu mente y de tu alma?  
Y yo murmuro: jamás...

Los dos callamos. Las olas  
corren, corren sin cesar,  
como si algo persiguieran  
sin alcanzarlo jamás!

# MAESE SALOMÓN

## EN PARÍS

**A**QUELLOS que en los últimos tiempos hayan pasado por París, habrán visto, de fijo, en el tablado del teatro Olimpia al guapo Maese Salomón enfundado en un frac de última creación, luciendo una chistera de ocho reflejos, una regia capa española de color de aceituna, zapatos charolados, elástico junquillo, monóculo, cadena y prendedor y anillo. En suma, un Jorge Brummel.

Noche a noche las gentes se estrujan, riñen, gritan, codéanse impacientes por ver ese portentoso de habilidad y gracia.

Fumando un rico habano, sus miradas espacia  
por sobre el vasto público que lo examina atento,  
Ved cómo gesticula, ved con qué movimiento  
de elegancia se ajusta el monóculo al ojo  
y ved con qué fruición se goza en el sonrojo  
de la tímida joven blanco de sus miradas...  
El público celebra y un trueno de palmadas  
acoge las ardientes miradas de pasión  
que lanza a la muchacha Maese Salomón.

Maese ama las bellas mujeres; sus ojillos  
vivaces, ante ellas toman extraños brillos.

Maese ama la música, la danza, las danzantes...  
Ama las actitudes graciosas, insinuantes  
de las morenas y ama las lánguidas posturas  
de las rubias. Maese... tiene ideas impuras.

Poco a poco se llega junto a las bailarinas  
y se encoge y se fuerce y hace muecas divinas.  
Maese ama el champaña...

Ello es que Salomón  
ha olvidado su Selva. La Civilización  
tiene también sus zarzas que atrapan al que pasa  
y sus lianas que tejen una red que embaraza  
la marcha del viajero; y también tiene fieras



de aguda zarpa y víboras venenosas, arteras,  
y pantanos infectos y mosquitos zumbones  
y reptiles y arañas y otras mil bendiciones...

Y fué así que atrapó a Maese Salomón  
en sus monstruosas redes la Civilización...

## EL MISTERIO DE LA PIEZA VACÍA

**M**RAS de qué peripecias extrañas y admirables Maese Salomón volvió a las insondables Selvas de donde un día, siendo un niño inexperto, saliera en compañía de un francés hacia el Puerto, para de allí embarcarse con rumbo a la Pallice?

Aun es un misterio. La crónica no dice de qué maravillosa manera Salomón volvió al Bosque nativo después de una excursión de años y años por tierras de Europa.

El caso es que una buena mañana monsieur Paul,—el francés que lo hizo abandonar la Selva y que desde ese día se dedicó a exhibir a Maese,— halló vacío el lecho de su pupilo y luego ni rastros de él. En balde monsieur Paul puso en juego todas sus facultades para ver si podía comprender el misterio de la pieza vacía.


Paróse, en vano, al medio de aquel desván estrecho y todo fué observándolo, desde el piso hasta el techo.

Sólo había una puerta cuya gran cerradura aseguraba él mismo y allá arriba, a la altura del cielo, una ventana como un respiradero por donde fácilmente pasaría un gilguero, pero difícilmente un bicho en cuatro pies.

—¿Por allí?—fué al principio lo que pensó el francés, Reflexionó en seguida y vió lo impracticable de una fuga por esa ventana miserable. El tal desván trepaba por sobre un sexto piso y ya veréis qué salto mortal era preciso para llegar abajo.

Y pensando, pensando  
se quedó monsieur Paul, y el día de San Blando  
llegará sin que logre, ni después de ese día,  
comprender el misterio de la pieza vacía...

## EL REGRESO

L Sol, un sol inmenso, deslumbrador, caía lentamente detrás de la Selva sombría y sus saetas de oro no lograban cruzar el enmarañamiento del Bosque Secular.

Sobre las altas copas de los robles gigantes trazaban los Milanos sus círculos errantes. Abajo, tras las lindes de la Selva, el bostezo de la noche exhalaba como un vapor espeso que obscurecía el verde color de los follajes y de aquel antro enorme, profundo, los salvajes rugidos de las fieras se escapaban rodando de caverna en caverna.

Fué a esa hora cuando la nerviosa Pantera y el Tigre formidable y el Lobo astuto ensayan su táctica admirable de hábiles cazadores; fué a esa hora inquieta en que el Hambre anda suelto y a ninguno respétalo, cuando por un atajo, con gran precaución, llegó a la obscura Selva Maese Salomón.

Apesar de que habían corrido tantos años  
desde que él emigrara, no le fueron extraños  
los secretos del bosque y abrochándose el frac  
para hallarse más cómodo, en menos de un tic-tac  
saltó y encaramóse sobre una gruesa rama,  
pues temía internarse y caer en la trama  
de algún habilidoso y hambriento vagabundo.

Y a poco, el buen Maese cogió un sueño profundo.

## EL ASOMBRO DE LA SELVA

**D**URMIÓ, durmió... y al alba lo despertó el intenso  
rumorear de la Selva convertida en inmenso  
concierto de cantantes.

Despertó, miró abajo,  
luego arriba, y tratando de ensayar un trabajo  
fácil para él antaño, saltó de rama en rama,  
y entre los animales que andaban cerca, es fama  
que nunca vió la Selva más cómica figura  
que la de Salomón viajando a esa altura.

La marcha era algo incómoda en tales condiciones.  
A lo mejor un gancho cogió los pantalones  
del buen Maese y ¡zas!... El tirón fué tan rudo,  
que a poco más se queda el viajero desnudo.

Detúvose éste entonces, consideró el perjuicio,  
y tras prolijo examen, temiendo otro estropicio,  
se dejó resbalar por un tronco hasta el suelo  
y se fué por la orilla de un alegre arroyuelo,

Cuanto ser halló al paso se quedó confundido  
contemplando a aquel raro bicho desconocido.

Y en verdad, lo que más llamaba la atención era la indumentaria del guapo Salomón.

Ello es que fué el asombro tan extraordinario, que todo el bosque fuese tras de aquel perdulario y a gran distancia en torno solamente se oían las carreras de aquellos que en tropel acudían.

Todo lo que la Selva contiene de animado se puso en marcha. Todo; desde el más ponderado de sus habitantes hasta el más miserable. Desde el viejo Elefante de porte inmensurable hasta el Pulgón minúsculo; desde la gran Serpiente Pitón, hasta el Gusano; desde el León insolente de aterradoras fauces, hasta el Pájaro Mosca que parece una joya con alas; desde la hosca Hiena deforme, hasta la vivaracha Ardilla.

Todo aquel gran torrente de vida, por la orilla del alegre arroyuelo siguió tras Salomón, a quien tamaña escolta metía en aprensión.

## EL DISCURSO

**A**L fin paróse en medio de un claro y su mirada recorrió a toda esa muchedumbre asombrada, que cual la Selva misma parecía sin fin. Hizo luego un extraño y cómico mohín, ajustóse el monóculo, se empinó cuanto pudo y lanzando un chillido prolongado y agudo, dijo así, más o menos:

«¡Oh Pueblo de la Selva!

No extrañéis mi presencia, ni os asombre que vuelva trajeado de este modo. Vengo de una comarca maravillosa, espléndida. Cuanto la Selva abarca resulta pobre cosa comparado con esa región encantadora, cuya enorme belleza no sabría pintaros. El Hombre, ese enemigo dueño de la Flor Roja que arde, fué mi amigo. Porque yo vengo, hermanos, de la región lejana donde habita la noble y vieja estirpe humana. Yo viví entre los Hombres, conocí sus costumbres y os digo que su imperio se extiende de las cumbres a los abismos. Todo, todo lo han conquistado: la Tierra, el Agua, el Aire....»



Aun no había acabado

Salomón su discurso, cuando toda la Selva prorrumpió en alaridos: «¡Echadle! ¡que se vuelva donde el Hombre!» habló el Oso.—«¡Matémosle!»—propuso la Hiena.—«¡Reventemos los ojos al intruso!» dijo el Cuervo.—«¡Rompámosle los huesos! Fué el amigo del Hombre!» gruñó el Tigre—«Comásmole en castigo!»—chilló el Chacal sangriento y el León en un ronco y espantable rugido que hizo tronco por tronco temblar el Bosque inmenso: «¡Que muera! ¡Sí! ¡Que muera!»—gritó y el mismo grito lanzó la Selva entera.

Salomón vió cercano su fin y de improviso, rápido como el rayo, se encogió, saltó, se hizo casi invisible en fuerza de correr; y entretanto que el pueblo de la Selva reía del espanto de aquel cobarde, el ágil Maese Salomón proseguía su fuga como una exhalación.

## LAS CRUELDADES DEL BOSQUE

**V**AGÓ por la espesura durante el día entero. Recordando los hábitos de su estado primero repó a los grandes árboles en busca de bellotas —que son, según las crónicas, desde edades remotas el preciado alimento de todos los Maeses.— Cascólas con cuidado y así como otras veces las mordió haciendo gestos, pero las halló duras, desabridas, y entonces pensó en las confituras de París, y el recuerdo lo llenó de tristeza.

Se sentó en una rama, reclinó la cabeza contra el tronco y meciéndose con las piernas colgando, se puso a meditar en esos tiempos cuando vivía entre los hombres.

Una brisa cargada de olor a savia hacía moverse la elevada ramazón y Maese con aquel movimiento poco a poco era presa de un adormecimiento delicioso. También el Bosque se adormía bajo la gran mirada del sol de medio día que al través del follaje ondulante y sonoro sondeaba la honda Selva con sus hilos de oro.

De súbito una lluvia de nueces y avellanas  
turbó el profundo ensueño de Salomón. Cercanas  
risas rodaron entre las hojas y crujidos  
de ramas que se tronchan y toses y ahullidos.

Era una alegre ronda de aventureros monos  
que con agudas voces de discordantes tonos  
expresaban la más profunda admiración  
ante la extraña facha del pobre Salomón.

Este al oír aquella formidable algazara  
quedóse atentamente inmóvil; por su cara  
gesticulante y cómica pasó como un reflejo  
de luz; miró a los lados, estiró el entrecejo  
y tendiendo a lo alto sus expresivas manos  
exclamó en un arranque supremo: «¡mis hermanos!»

Otra lluvia de nueces y otro coro de toses  
y de risas y un nuevo rumorear de roces  
fué la contestación a aquel grito de amor...

Y los monos siguieron su alegre ronda por  
las regiones arbóreas, brincando entre el follaje  
como una loca banda de demonios en viaje.

Lentamente Maese dejó caer los brazos  
y echó sobre su traje que ya se iba en pedazos  
una larga mirada...

## LA TEMPESTAD

**L**A brisa se hizo viento  
y el viento fué soplando cada vez más violento.  
Danzaban los ramajes revueltos, sacudidos;  
oscilaban los troncos exhalando gemidos;  
doblábanse los tiernos árboles hasta el suelo  
y proyectando sombras enormes, por el cielo  
galopaban las nubes, como una gran manada  
que atropelladamente corriera, fustigada  
por el látigo de oro del rayo.

Graves, lentas  
cayeron las primeras gotas y las sedientas  
hojas las absorbieron rápidamente; luego,  
tras un cálido instante de profundo sosiego,  
rodó el ronco rugido del trueno, abrió su ancha  
flor de luz el relámpago, y como una avalancha  
que se resuelve en hilos de sonoro cristal,  
sobre el Bosque su manto líquido y musical  
tendió la lluvia.

En tanto, Salomón, guarecido  
bajo el follaje espeso, contemplaba aturdido

el chorrear de los árboles y la alegre caída de la lluvia que ondeaba como un velo, impelida por la fuerza del viento. Se cargaba el follaje de agua y entre las hojas y por el varillaje se escurrían los chorros, de modo que Maese mojábese lo mismo que si al raso estuviese.

Cuando pasó la lluvia, cuando se hubo alejado la manada de nubes y en el Bosque lavado brilló el sol nuevamente, arrancando fulgores a las húmedas ramas y a las perladas flores, Salomón torpemente se levantó y se puso de nuevo en marcha, todo pensativo y confuso.

El empapado traje pesaba sobre él como si la liviana tela se hubiese hecho de plomo. Las ramas se tronchaban bajo su peso y hubo momentos en que el pobre Salomón se sostuvo sólo por un prodigio sobre el profundo abismo.

Hasta que, fatigado, se replegó en sí mismo, se acurrucó en el cruce de dos ramas colgantes y muy triste quedóse meditando.

Distantes  
surgían las canciones del Bosque; pero ahora  
ya para él la Selva no era la encantadora  
patria de sus amores; ya la Selva no era

para él la querida patria en la cual pusiera  
todas sus esperanzas. Ahora estaban llenos  
sus cubiles de fieros enemigos; venenos  
en vez de miel brindaban los bosques al proscrito  
y el Pueblo Libre odiábalo como a un sér maldito.

## LA CAÍDA DE SALOMÓN

**S**ALOMÓN meditaba, mientras de la distancia traíanle las brisas, junto con la fragancia de los prados, el eco de las nuevas canciones de Primavera.

Entonces un mundo de visiones desfiló por su mente calenturienta. Hermosas mujeres enarcaban sus formas lujuriosas bajo las transparentes gasas de los vestidos, y riendo ofrecíanle sus labios encendidos.

Salomón incorpórase y su mirada espacia por el verde follaje, que lo examina atento. Ved cómo gesticula, ved con qué movimiento de elegancia se ajusta el monóculo al ojo y ved con qué fruición se goza en el sonrojo de la cándida flor, blanco de sus miradas...

En tanto, el Bosque aplaude con rumor de palmadas.

Mas, de pronto la rama donde está Salomón gime y se rompe. Un grito de espanto y aflicción

se ahoga allá en el fondo del abismo ondulante.  
Luego el silencio... Luego, una canción distante.  
Luego, otra. Y otra... Y otra... Y otra. Hasta que al final  
toda la Selva entona su Himno Primavera.



## EL HALLAZGO

**E**L Sol, un sol inmenso, deslumbrador, caía lentamente detrás de la selva sombría y sus saetas de oro no lograban cruzar el enmarañamiento del Bosque Secular. Sobre las anchas copas de los robles gigantes los Buitres estrechaban sus círculos errantes. Abajo, tras las lindes de la Selva, el bostezo de la noche exhalaba como un vapor espeso que oscurecía el verde color de los follajes y de aquel antro enorme, profundo, los salvajes rugidos de las fieras se escapaban rodando de caverna en caverna.

Fué a esa hora cuando la nerviosa Pantera y el Tigre formidable y el Lobo astuto ensayan su táctica admirable de hábiles cazadores; fué a esa hora inquieta en que el Hambre anda suelto y a ninguno respeta, cuando un Oso que hacía su nocturna excursión tropezó en el cadáver del pobre Salomón.


—¡Un hombre!—gritó el Oso, y a su voz acudieron todos los de la Selva. Se acercaron, olieron,

sacaron aquel rígido cuerpo de la enramada  
y en medio de la noche rodó una carcajada  
formidable, estruendosa, que retumbó en el seno  
del Bosque con el ronco rumor de un largo trueno.

Sobre la hundida cuenca de aquel sér sin fortuna  
rebrillaba el monóculo a la luz de la Luna...

DE LA CASA JUNTO AL MAR

## LA CANCIÓN DE LOS MARTILLOS

 ON alegre son  
los martillos cantan  
su alegre canción.

Sus voces livianas  
hacen en el aire  
fiesta de campanas.

No son perezosos:  
sus repiqueteos  
vibran presurosos.

Como si anhelantes  
golpearan las puertas  
los amigos de antes.

Cantan los martillos  
y son sus cantares  
claros y sencillos.

Cantan, y a su canto  
se alza el maderamen  
como por encanto.

En abrazo estrecho  
se une la solera  
con el pie derecho,

Y la resistente  
cumblera el vacío  
cruza, como un puente.

Cantan los martillos  
y son sus cantares  
claros y sencillos.

Son cantos de fiesta,  
como los que se oyen  
allá en la floresta.

Son cantos floridos:  
cantatas de pájaros  
que construyen nidos.

Alada canción:  
cantas la esperanza  
de mi corazón.

## L A S   V E N T A N A S

**M**AESTRO constructor: ¿crees que las ventanas serán muchas? Pues yo pienso que no son tantas como las que debiera poseer esta casa.

Si antes amé la sombra, fué porque había en mi alma la inquietud de un secreto, la angustia de una falta.

Si antes amé la sombra, fué por creer que estaba en ella mi ventura.

Yo iba a tientas y a cada paso subir creía por la ilusoria escala que a la dicha conduce, y bajaba, y bajaba... Yo iba a tientas, yo iba guiado por la cálida presión de una menuda mano, mano adorada, mano a cuyo recuerdo mi voluntad desmaya. ¿Guiado? ¡No! Yo iba fiebrosamente, en alas de una ilusión, de un vértigo, de una pasión, de un ansia! Me impelía una fuerza interior, me arrastraba un impulso invencible y se me iba el alma como se va en el viento la enloquecida llama!

La sombra, y en la sombra los labios de la amada suaves, suaves, con ese vivo sabor que nada

puede igualar, con ese sabor que en vano tratas de definir, poeta.

¿Dulzura? No. Te engañas.  
¡No son dulces los besos de la mujer amada!

Lentamente, en la sombra, con deliciosa calma, mis labios en sus labios dejé, por ver si hallaba la expresión milagrosa, la divina palabra que dijera el sabor de un beso, y la increada expresión todavía la busco, sin hallarla.

No es dulzura, no es miel, no es néctar. Son opacas esas voces y el beso como una luz irradia, luz que hace transparentes nuestras oscuras almas,

Miel y luz y placer infinito y nostalgia de un cielo inaccesible, de una gloria lejana. Sed que implacablemente devora las entrañas, sed que con la embriaguez del beber no se sacia sino que se acrecienta; sed que sólo se apaga cuando en la dulce copa cae en gotas amargas el desengaño...

Luz, dulzura, sed, todo eso, y locura... ¡oh qué viva locura la del beso!  
La sombra y en la sombra sus labios...

—¿Las ventanas?

Perdóname, maestro constructor, olvidaba...

¿Creíste que eran muchas? Pienso que no son tantas  
como las que debiera poseer esta casa.

Si antes amé la sombra, hoy la luz me hace falta.

Quiero que el primer rayo del sol entre en mi estancia  
y que se extinga en ella su última mirada.

En la sombra, maestro, germinó mi desgracia:

puede ser que a la luz mi ventura renazca.

¿A qué ir tras la sombra?—Llegará, sin buscarla.

Llegará con la tarde y ascenderá, pausada...

Y al fin, vendrá esa noche que no tiene mañana.



## EL VIENTO

**A**ZUL está la mar y toda orlada  
de blanco. Hacia la playa se dirigen  
las olas, en un largo movimiento  
de manos que persiguen  
algo que nunca alcanzan;  
mientras allá, en lo azul de la mar libre,  
florecen rosas de nevada espuma  
que el viento arrastra en lánguido desfile.

Parece un niño el viento; un niño sano  
que hace juego de todo. Sopla y ríe.  
Coge una pluma y la da vueltas: luego,  
la encumbra, la despide,  
y la mísera pluma, que yacía  
tirada en el montón, despierta, vive  
por un instante su pasada vida;  
vuela, sube, remóntase, describe  
graciosos giros y fugaces surcos,  
se cree ala otra vez y más se engríe  
mientras más alto la dispara el viento.

El viento es como un niño. Coge un triste  
fragmento de papel y se lo lleva,

trocado en mariposa. Se desvive  
por agitarlo todo. En los rincones  
organiza farándulas risibles  
en que danzan pajuelas y virutas  
rondas inverosímiles.

Se va por los caminos y a las mozas  
ya el faldellín les alza, ya les ciñe  
la fela al cuerpo y tan estrechamente  
que no hay línea ni forma que se libre  
de aparecer al vivo, por más que hagan  
las empeñosas manos de las vírgenes  
por ocultar lo que a cubrir no alcanzan.

Parece un niño el viento. Alegre ríe  
y hace juego de todo. Y a la vida  
se parece también: la vida ríe  
y hace juego de todo, como el viento.

Cuidaré de cerrar con mano firme  
mis puertas y ventanas:  
que juegue el viento afuera...

¡Dios nos libre  
de que el viento haga juego de nosotros!

## LOS BUEYES LIBRES

**A** la violada vislumbre del crepúsculo,  
unos tras otros van pasando los bueyes.  
Libres del yugo, con liviandad caminan,  
moviendo las cabezas ceremoniosamente.

Van silenciosos por la húmeda playa  
y sus pisadas son graciosas, son leves.  
Rítmico y suave murmullo, vago roce  
de seda, al paso de las bestias emerge.

Con ronco ruido se desploman los tumbos,  
hacia la orilla corre la espuma hirviente  
y en la tersura de la arena, las olas  
como tapices luminosos se extienden.

A la violada vislumbre del crepúsculo,  
con lenta marcha van pasando los bueyes;  
la bruma envuelve sus movibles siluetas  
y al fin en ella como humo se disuelven.

## CAMINAMOS

**C**AMINAMOS, caminamos  
hacia la mar que nos llama,  
El sol inunda la senda  
y no hay sombra que nos valga.

Pero cuando ya el cansancio  
da pereza a nuestra marcha  
y el bochorno languideces  
pone en nuestras locas charlas,  
tuerce el camino y de pronto  
se nos ofrece la entrada  
de un sendero milagroso  
todo cubierto de ramas.

Y apenas por el sendero  
penetramos, nos encanta  
cierto rinconcito en donde  
la sombra es fresca y es clara.

El follaje en transparencia,  
algunas hojas doradas  
por el suelo, un cauce húmedo  
y en él una inmóvil agua

detenida en su camino,  
que está como si soñara  
despierta, con su mirar  
fijo en la verde enramada.

Y al caminar nuevamente  
bajo el sol, y ya en la playa,  
pienso que para quererte  
quisiera tener el alma

tan serena y silenciosa  
como aquella inmóvil agua  
que detenida en su cauce  
está como si soñara.

## MARINA

**T**US ojos me han llamado.  
Hacia ti has atraído mis deseos,  
como la luna atrae  
las olas de la mar.

Tus ojos buenos  
me han dicho «ven, acércate» y en mi alma  
las alas han abierto  
los impulsos de amor, como gaviotas  
que ya emprenden el vuelo.

En torno a ti, mi amada,  
vuelan mis sentimientos  
en ronda infatigable.  
Pájaros de la mar parecen ellos.  
Pájaros de la mar, que en dilatado  
círculo giran, giran, sin sosiego.

Cuando las veas descender, acógelos  
con amor y en silencio.  
Deja a la banda de nerviosos pájaros  
posarse sobre ti.

Seas en medio  
del mar enorme, cual peñón desnudo  
que brilla al sol, vibrante de aleteos.

## POR LA ORILLA DE LA MAR



la caída del sol,  
por la playa inmensa y sola,  
de frente al viento marino  
nuestros caballos galopan.

Es el horizonte de oro,  
oro es la mar y oro arrojan  
los cascos de los caballos  
al chapotear en las olas.

En blancos grupos contemplan  
caer el sol las gaviotas,  
mas, al acercarnos, vuelan  
en bandadas tumultuosas.

Desadamente se alejan  
sobre las revueltas olas  
y abátense a la distancia  
trazando una curva airosa.

Alcance pronto les damos  
y ellas, de nuevo en derrota,

a volar, siempre adelante,  
por sobre la mar sonora.

Por la arena húmeda y firme  
nuestros caballos galopan.  
Al fuerte viento marino  
cabelleras y almas flotan.

A la caída del sol,  
en la playa inmensa y sola  
tu alma se entregó a mi alma,  
tu boca se dió a mi boca.

No se sabe de qué hablar  
cuando la emoción es honda.  
Por la orilla de la mar  
nuestros caballos galopan.



## EL CAMINO SOLITARIO

**M**AÑANA de sol. La marcha  
lenta de nuestros caballos  
sigue las ondulaciones  
del camino solitario.

Por los escuetos lomajes  
va el camino serpenteando:  
arriba la serranía  
y el valle fértil abajo.

Arriba las fuertes líneas  
de los desnudos peñascos  
y allá, al fondo, el verde indicio  
del estero dilatado.

Quietud del cielo, pereza  
del aire y en el desmayo  
del paisaje, sólo el ruido  
de nuestros lentos caballos.

O el eco de nuestras voces,  
o el rumor de nuestros cantos

que tiemblan en el silencio  
del camino solitario.

Voy a tu diestra. Muy cerca  
del mío va tu caballo:  
a veces mi pierna roza  
la tuya, en suave contacto.

Vas hermosa con tu traje  
de amazona y con tu blanco  
sombbrero, que el velo adhiere  
a tus cabellos castaños.

Hay más savia en tus mejillas,  
hay más sazón en tus labios  
y hay más luz en el mimoso  
mirar de tus ojos pardos.

El camino sigue, ondula  
por sobre los cerros áridos  
y por él va sólo el ruido  
de nuestros lentos caballos.

Los dos juntos, los dos solos,  
lejos de todo poblado...

¡Que nunca te detuvieras,  
buen camino solitario!

## EN LA QUIETUD DE LA TARDE

**E**N la quietud de la tarde,  
frente a la abierta ventana  
que ensombrecían los árboles  
de la calle solitaria,

hablamos de mi partida.  
Hablamos. La voz cansada  
del anciano, me decía:  
«No se apresure». Y la franca

voz de la joven señora:  
«Quédese aún, no se vaya».  
Yo sonreía con pena,  
murmurando: «Gracias, gracias».

Sólo tú en aquel momento  
permanecías callada  
mirando los viejos árboles  
de la calle solitaria.

Busqué tus ojos y fijos  
en la lejanía estaban

y con oculta alegría  
los vi anegados en lágrimas.

Llanto leve y silencioso  
sobre la aridez de mi alma.  
Fué como en campo sediento  
onda fresca de agua clara.

Seguía hablando el anciano,  
la joven señora hablaba  
y yo, mirando el tranquilo  
correr de tus lentas lágrimas,

dije con voz temblorosa:  
«Me quedo». Siempre callada,  
volviste hacia mí los ojos,  
se unieron nuestras miradas

y en aquel punto, al risueño  
repicar de una campana,  
en mi viejo corazón  
volvió a cantar la esperanza.

## A L M A M Í A

**A**LMA mía, pobre alma mía,  
tan solitaria en tu dolor:  
enferma estás de poesía,  
alma mía llena de amor.

Crees que la vida es un cuento,  
crees que vivir es soñar...  
Pobre alma sin entendimiento,  
hora es esta de razonar.

Ve que la vida no es aquella  
que te forjaste en tu candor:  
la vida con amor es bella,  
pero es más bella sin amor.

Ve, alma mía, pobre alma mía,  
ve y empéñate en comprender  
que el amor es melancolía  
y es amargura la mujer.

Sin amor y sin sentimiento  
serás fuerte, podrás triunfar.

Alma, la vida no es un cuento;  
alma: el vivir no es el soñar.

Que en ti el vivir no deje huella  
ni de placer ni de dolor:  
la vida con amor es bella,  
pero es más bella sin amor.

Sé cauta, sé diestra, sé fría:  
no te dejes enternecer  
por tu amor a la poesía,  
que es el amor a la mujer.

Coge, alma, la flor del momento  
y no la quieras conservar.  
Si se marchita, échala al viento,  
que lo demás fuera soñar.

Esta mujer es como aquélla:  
todas son fuente de dolor.  
Alma mía, la vida es bella,  
pero es más bella sin amor.

Y mi alma dijo: «En mi embeleso  
oí tu voz como un cantar.  
¿Sabes? Soñaba con un beso  
robado a orillas de la mar».

## LUNA DE LA MEDIA NOCHE

**L**UNA de la media noche, soñolienta  
luna, que a la media noche te levantas  
y penosamente elevas tu blancura  
por sobre la oscuridad de las montañas.

Luna tímida que esperas la alta noche  
para asomar con sigilo tu faz blanca;  
luna de la media noche, que en el cielo  
eres como una ave herida que se arrastra.

Aguardaste que los ruidos se extinguieran,  
esperaste que los ojos se cerraran  
y ahora que todos duermen, tú apareces  
como una visión de ensueño, luna pálida.

Luna de la media noche, que colocas  
un velo de claridad en mi ventana,  
como tú fué mi amor, blanco y furtivo,  
y un velo de claridad puso en mi alma.

## DÍA NUBLADO

**C**IELO gris, nubes en sombra.  
Día de otoño en verano.  
Suben moscas por los vidrios  
y a poco bajan rodando.

Afuera, voces. No escucho.  
¡Son voces que he oído tanto!  
Trenza sus hebras azules  
el humo de mi cigarro.

Recuerdo... Aquella mañana  
de sol y de viento, echados  
sobre la arena, tú y yo  
silenciosos nos quedamos.

En la playa luminosa  
sólo el vuelo de los pájaros.  
El mar, allá, todo azul,  
y más acá, todo blanco.

Tú de bruces, con el rostro  
escondido entre los brazos.



Doraba el sol tu desnudo  
cuello y tus rizos castaños.

Mis miradas recorrían  
en pasear lento y grato  
las suaves ondulaciones  
de tu cuerpo abandonado.

La castidad de los hombros,  
la ternura de los brazos,  
la mansedumbre del talle,  
la entereza de los flancos.

Y la inquietud de las piernas,  
tan ceñidas, asomando  
por entre un perturbador  
desorden de encajes blancos.

Cielo gris, nubes en sombra,  
día de otoño en verano.  
Trenza sus hebras azules  
el humo de mi cigarro.

## ¿RECUERDAS?

¿RECUERDAS? Una linda mañana de verano.  
La playa sola. Un vuelo de alas grandes y lerdas.  
Sol y viento. Florida la mar azul. ¿Recuerdas?  
Mi mano suavemente oprimía tu mano.

Después, a un tiempo mismo, nuestras lentas miradas  
posáronse en la sombra de un barco que surgía  
sobre el cansado límite de la azul lejanía  
recortando en el cielo sus velas desplegadas.

Cierro ahora los ojos, la realidad se aleja,  
y la visión de aquella mañana luminosa  
en el cristal oscuro de mi alma se refleja.

Veo la playa, el mar, el velero lejano,  
y es tan viva, tan viva la ilusión prodigiosa,  
que a tientas, como un ciego, vuelvo a buscar tu mano.

## SUEÑOS, SUEÑOS MÍOS...

**S**UEÑOS, sueños míos  
de felicidad:

dadme, mis sueños, esa dicha  
que me negó la realidad.

Voy al sueño como a una cita,  
porque sé que la he de encontrar  
en la sombra azul del misterio  
con su belleza en claridad.

Sueños, sueños míos  
de felicidad:  
oscureced aquellas lámparas  
que brillan con luz espectral.

En silencio nos enlazamos.  
Ella sonríe sin hablar.  
Yo en sus labios pongo mis labios  
y ella en mis ojos su mirar.

Sueños, sueños míos  
de felicidad:

a lo profundo de la sombra  
a ella y a mí nos llevad.

El mirar de sus ojos buenos  
se impregna en luz de eternidad:  
el sabor de sus labios suaves  
se acrecienta con el besar.

Sueños, sueños míos  
de felicidad:  
id más al fondo, más al fondo,  
donde no baje el despertar!

## CANCION TRISTE

**E**N la oscuridad  
junto a mí pasó  
la felicidad.

Su ala me rozó.  
después, silenciosa,  
de mí se alejó.

En la misteriosa  
noche, dejó una  
huella luminosa.

Claridad de luna,  
luz de amanecer  
en la noche bruna.

Luz lenta en arder  
como desmayado  
mirar de mujer.

Cuando desalado  
tras ella corrí,  
se había alejado.

En la noche fui  
corriendo tras ella  
y ella huyó de mí.

Persiguiendo aquella  
visión, por doquier  
estampé mi huella.

Fué largo el correr,  
corto el avanzar,  
frecuente el caer,

y amargo el llorar  
cuando comprendí  
que el bien que perdí  
no habrá de tornar.

## HIMNO AL AMOR

## I

**C**OMO la luz, eres, amor.  
Todo lo envuelves, todo lo iluminas  
y a todo das color.

Eres rayo de sol en la alegría  
y en el ensueño vago resplandor;  
eres penumbra en la melancolía  
y eres noche sin fin en el dolor.

Eres sombra propicia en pleno día,  
en mitad de la noche eres albor.  
Eres contradicción y armonía,  
destruyes y eres creador.

Como la luz, eres, amor.  
Todo por ti se transfigura;  
el fango en brillo y la carroña en flor.

## II

Como el agua, eres, amor.  
Todo lo bañas, todo lo penetras  
y a todo das frescor.

Eres loco torrente en la alegría  
y en el ensueño lago encantador,  
lluvia sutil en la melancolía  
y ola amarga del mar en el dolor.

Eres canto de gloria en la sequía,  
eres calma y ternura en el ardor;  
eres la onda bravía  
y el arroyo adulator.

Como el agua, eres, amor.  
Por ti se entenece la roca,  
rómpe se el hie ro y ábre se la flor.

### III

Como la tierra, eres, amor.  
Todo lo acoges, todo lo secundas  
y a todo das vigor.

Eres jardín florido en la alegría  
y en el ensueño bosque adormidor,  
huerto de otoño en la melancolía  
y desierto infinito en el dolor.

Eres montaña áspera y sombría,  
eres sendero alegre y seductor,  
eres estéril serranía  
y eres campo de labor.



Como la tierra, eres, amor.  
Por ti la simiente germina  
y el fruto surge en la violada flor.

## IV

Como el fuego, eres, amor.  
Todo lo enciendes, todo lo devoras  
y a todo das ardor.

Eres chispa riente en la alegría  
y en el ensueño lánguido fulgor;  
eres tibieza en la melancolía  
y frialdad de muerte en el dolor.

En mi hogar fuiste lumbre y poesía  
y te trocaste en rayo abrasador.  
Fuego del alma mía,  
purificame ¡oh purificador!

Como el fuego, eres, amor.  
Y las almas, en círculo alado,  
giran en torno de tu roja flor.

## A M O R

**A**MOR que vida pones en mi muerte  
como una milagrosa primavera:  
ido ya te creí, porque en la espera,  
amor, desesperaba de tenerte.

Era el sueño tan largo y tar inerte,  
que si con vigor tanto no sintiera  
tu renacer, dudara, y te creyera,  
amor, sólo un engaño de la suerte.

Mas, te conozco, amor, y tan sabido  
mi corazón te tiene, que, dolido,  
sonríe y quiere huirte y no halla el modo.

Amor que tornas, entra. Te aguardaba.  
Temía tu regreso, y lo deseaba.  
Toma, no pidas, porque tuyo es todo.

## COMO UN CONVALECIENTE

**C**OMO un convaleciente, hoy en lento paseo  
mi huerto he recorrido pensando en ti. ¡Qué triste  
se ha quedado mi huerto desde que tú te fuiste!  
¡Qué triste está mi alma desde que no te veo!

Pálido sol de invierno baña el desnudo huerto  
por cuyas sendas húmedas, pensando en ti, camino.  
¡Vieras tú con qué esfuerzo mis lágrimas domino  
cuando evoco tu imagen en el huerto desierto!

En un escaño rústico donde el musgo ha tendido  
su verde terciopelo, me siento al sol. Discretas,  
por entre la hojarasca, asoman tus violetas.

Me miran, preguntándome para qué han florecido...  
Y al ver cómo se mueren las pobres florecillas  
sin que vuelvas, las lágrimas corren por mis mejillas.

## EL BUEN OLVIDO

**H**ACE ya tanto tiempo! Te creí tan distante,  
tan perdida en el hondo sendero del olvido,  
y ha bastado esta noche tranquila e inquietante,  
y han bastado este aroma en el aire dormido  
y estas sombras profundas y este vago claror  
de la luna en creciente, para que yo te tienda  
mi alma a través de todo, como una buena senda  
lunada de esperanza y olorosa de amor.

Porque olvidé tus besos tengo sed de tu boca,  
porque olvidé tu acento tengo ansia de tu voz,  
porque olvidé tu alma, mi alma ahora te evoca  
al pie de la montaña, bajo el cielo de Dios.

Amada, ¿ves la luna? Dame, dame tu mano.  
Dame también tus labios. Seremos como hermano  
y hermana. Nos iremos por el vago sendero  
que se interna en la noche. Nos seguirá un austero  
silencio y poco a poco será el buen recordar.

Roces, palabras, besos. ¡Te creí tan distante!  
Y en la pálida noche, el placer fulgurante  
de sentirnos de nuevo, de volvernos a hallar!

## LA CITA

**V**ENDRÁ? ¿No vendrá? Una nube  
que pasa: dice; vendrá.

Y un árbol inmóvil: ¿crees?

No viene, no viene ya.

¿Vendrá? ¿No vendrá? El sendero  
bordado de sol: vendrá,  
dice, y se aleja. Y el agua  
del lago: no viene ya.

¿Vendrá? ¿No vendrá? Me dice  
mi corazón: sí, vendrá.  
Pero enseguida murmura:  
no viene, no viene ya....

## SENTIRSE FUERTE

**S**ENTIRSE fuerte, impenetrable.  
Sin alegría y sin dolor,  
ver cómo todos se enfurecen  
contra el porfiado corazón

Sentirse fuerte, imperturbable.  
Ver, sin desdén ni compasión,  
cómo las garras y los dientes  
rompen el firme corazón.

Sentirse fuerte, inquebrantable.  
Mirar con fría expectación  
cómo la sangre va manando  
del torturado corazón.

Sentirse fuerte, inmovible,  
y ver, sin odio ni perdón,  
que el corazón que así destrozan  
es nuestro propio corazón!

## RECONCILIACION

**E**N el cielo neblinoso  
la luna se diluía.  
Eran caminos de ensueño  
las calladas avenidas.

Una incomprensión huraña  
separados nos tenía;  
pero el amor venció al cabo  
y nos juntó en esa cita.

Tu mano puesta en mi hombro  
y en tu cintura la mía,  
caminábamos dos pasos  
y un beso nos detenía.

La felicidad de hallarte  
cuando te creí perdida!  
De nuevo sentirme tuyo,  
de nuevo saberte mía...

Las palabras llenas de alma,  
plenas de amor las sonrisas,

y aquel lento caminar  
por las quietas avenidas...

Aquel caminar incierto  
sin apartarnos la vista:  
tú, los ojos en mis ojos;  
yo, en tus ojos mis pupilas.

Hermosa por tu belleza  
y, por el amor, divina:  
la felicidad de hallarte  
cuando te creí perdida!

Nuestro amor era un amor  
nuevo, un amor que principia.  
Habíamos olvidado  
todas, todas las caricias.

Y las fuimos recordando  
bajo la sombra tranquila  
de un grupo de viejos pinos  
llenos de melancolía.

Los negros pinos, en torno  
estrechaban sus caídas  
ramas, generosamente,  
por darnos sombra propicia.



Y aunque fué grande tu goce,  
mayor, mayor fué mi dicha,  
pues se durmió tu mirada  
mientras velaba la mía.

A la claridad difusa  
derramada desde arriba,  
vi tu rostro vuelto al cielo  
y en tu rostro una sonrisa...

Un sonreír tan del alma,  
una expresión tan rendida,  
un algo tan inefable...  
¡Qué linda estabas, qué linda

La felicidad de hallarte  
cuando te creí perdida!  
Otra vez yo todo tuyo  
y tú otra vez toda mía!

## SERENAMENTE



la luz de la luna, cómo es todo  
de una maravillosa sencillez!  
Sombra y luz: sombra suave, luz tranquila...  
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

Cómo se borran las complicaciones  
que el implacable sol nos hizo ver!  
Cómo se duermen brillos y reflejos...  
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

Como a la luz del sol miré tu alma  
y tanto había en ella, que dudé  
si llegaría al fin a descifrarla.  
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

A la luz de la luna, me parece  
que ya siempre te habré de comprender...  
Creo en ti, creo en ti serenamente.  
¡Oh la paz de la noche y la paz de creer!

## SUAVE SENDERO MÍO

**CU**ANDO no estás conmigo  
soy como un prisionero  
encerrado en mí mismo.

Todos mis sentimientos  
en mi interior se quedan  
guardados y en silencio.

Pero cuando te acercas,  
maravillosamente  
se abre mi oscura celda.

Amada mía: eres  
como un blando camino  
que nunca se deliene.

Suave sendero mío,  
por donde va mi amor  
cual lento peregrino.

Sendero acogedor,  
saturado de aromas  
y florido de sol.

Muros que me aprisionan  
se alzan cuando no estás.  
¡Quiero irme por la suave  
senda de tu mirar!

## EN LA SOMBRA

**L**A viva luz del fósforo  
brilla en la oscuridad  
e ilumina tu rostro.  
¡No he de olvidar tu sonrisa jamás!

A la breve vislumbre  
me quisieron mirar  
tus ojos entornados.  
¡No he de olvidar tu mirada jamás!

Nuestras vidas fundíanse  
en el beso total.  
Suspirabas inquieta.  
¡No he de olvidar tu ternura jamás!

De pronto tu belleza  
se hundió en la oscuridad.  
De tu voz en la sombra  
no he de olvidar el acento jamás!

## SENTIR

¿CREER? ¿Pensar? Ya no. Sólo sentirte.  
Sentirte en mí, sentirme en ti, eso es todo.  
Ser como el aire que tu boca bebe,  
como la luz que bebes con tus ojos,  
como el agua que bebes con tus labios;  
entrar, entrar en ti, hasta lo más hondo,  
y al fin dejar de ser y ser tú misma!

Ni pensar, ni creer. Sentir. Es todo.

## A P A I S E M E N T

**N**OS ojos y mis ojos se contemplan  
en la quietud crepuscular.  
Nos bebemos el alma lentamente  
y se nos duerme el desear.

Como dos niños que jamás supieron  
de los ardores del amor,  
en la paz de la tarde nos miramos  
con novedad de corazón.

Violeta era el color de la montaña.  
Ahora azul, azul está.  
Era una soledad el cielo. Ahora  
por él la luna de oro va.

Me sabes tuyo, te recuerdo mía.  
Somos el hombre y la mujer.  
Conscientes de ser nuestros, nos miramos  
en el sereno atardecer.

Son del color del agua tus pupilas:  
del color del agua del mar.  
Desnuda, en ella se sumerge mi alma,  
con sed de amor y eternidad.

## LA LLAMA

**A**GUZA su llama la vela  
como la hoja de un puñal.  
Inmóvil como ella mi alma  
piensa en el término fatal.

Sin tu amor que a la vida me amarra  
fuera hasta dulce de pensar...  
¿La muerte? Olvidarse de todo,  
y descansar, y descansar.

Mas, tu amor, que hace un bien de la vida,  
de la muerte hace un mal, un mal  
tan horrible, que ante él tiembla el alma  
como llama que al viento está.

Seguirán tus ojos amados  
bebiendo sombra y claridad.  
Buscarán otros ojos los tuyos...  
¡Los míos no te verán más!

Tus labios, tus labios queridos  
como ahora sonreirán




y otros labios acaso los besen...  
¡Los míos nunca, nunca más!

Tus brazos en viva guirnalda  
de amor se entrelazarán  
y quizás a otro cuerpo se ciñan...  
¡Los míos, a ti, nunca más!

Este amor que a la vida me amarra  
con mi vida también se irá,  
Otros hombres podrán amarte  
y yo nunca, nunca más!

## A M I H I J A

IJA mía, hija mía, me turba tu mirar,  
porque sé que algún día tú me habrás de juzgar.

Tú, frágil mujercita, que con la vida juegas  
y que porque la ignoras a mi querer te apegas.

Día habrá de venir en que tu alma despierte  
y aborrezcas la vida y llames a la muerte.

Desesperadamente llorarás, criatura,  
y al nombrarme, tus labios temblarán de amargura.

Sin bondad, sin ternura, en un grito de horror,  
dirás: «¿Por qué la vida me fué dada? ¡Oh dolor!»

Y en ti ninguna voz se alzará en mi defensa.  
¡No puede haber perdón para mi culpa inmensa!

Tu piedad será sobre tu ira, solamente  
como una gota de agua sobre un hierro candente.

Tú me habrás de juzgar, criatura querida.  
Implacable dirás: «¿Por qué me dió la vida?»

Y llegarás con santo desprecio a comprender  
que la vida se dá por placer... por placer.

## MADRE MÍA

**M**E siento como un niño  
extraviado en la fiesta.  
¿Dónde estas, madre mía?  
No eres esa, ni ésta,

ni aquélla... Madre mía  
¿cómo hallarte, si ignoro  
cuál eres? Te he buscado  
y al no encontrarte, lloro.

Como un niño pequeño  
lloro en mi desamparo.  
Tu mirar ¿será oscuro?  
¿Será tu mirar claro?

No eres ésta, ni aquélla...  
¿Dónde estás, madre mía?  
Han de ser luz tus ojos  
en mi alma sombría.

Han de ser suavidad  
tus manos y ternura;

tus labios han de ser  
miel para mi amargura.


Tu regazo ha de ser  
olvido del dolor...  
Has de ser, madre mía,  
toda amor, toda amor.

Ha de ser tu cariño  
calor de revivir,  
y tus caricias, dulces,  
como un dulce morir.

—¿Eres la madre mía?  
digo a cada mujer.  
Y unas suspiran, y otras  
ríen, sin comprender.

DE FLORILEGIO

## EL MANANTIAL

L pie de los tres álamos cimbreantes  
que de verde empenachan el faldeo,  
serenamente como un buen deseo,  
brotan las limpias aguas ondulantes.

Mientras al viento vibran las sonantes  
hojas en breve y ágil aleteo,  
surge el agua con tímido siseo  
en un fluir de todos los instantes.

De la oquedad sombría en que la ruda  
raigambre de los árboles se anuda  
mana el agua tan límpida, tan clara,

que invisible sería en su reposo  
si a veces por la onda no pasara  
un estremecimiento luminoso.

## LA TORRETERA

**G**URVANDO su avanzar de trecho en trecho  
como en un arrastrarse de serpiente,  
la torrentera sube hacia la fuente  
y ahonda su camino en el repecho.

Bajó el agua de nieve, y a despecho  
de las rocas hostiles, su corriente  
desgarró el duro suelo y en hirviente  
turbión, cavó a lo largo y se hizo un lecho,

Volvió el sol. En la sierra calcinada  
se borró la postrera pincelada  
de nieve. Vagabundo, soñador,

va un hilo de agua entre las piedras grises.  
En la escarpa, semejan las raíces  
nervios desnudos que crispó el dolor.



## EL ARROYO

**E**N una paz de eternidad que aterra,  
sumergido está el hondo panorama.  
Reverberan al sol que las inflama  
las agrias cresterías de la sierra.

Un muro circular de montes cierra  
la cuenca, en cuyo fondo recia trama  
teje el arbusto de torcida rama  
que ávidamente al pedregal se aferra.

Y en la quietud pasmosa del andino  
rincón, donde la vida está cautiva  
en una inmensa petrificación,

libremente un arroyo cristalino  
fluye y en el rumor del agua viva  
canta el paisaje su desolación.

## ANGELUS

“**D**IOS te salve, María, llena eres de gracia...»

Como un amor de ensueño que se fué y que retorna  
vuelven a mí en la paz del campo vespertino  
las lejanas palabras de la dulce oración.

«Dios te salve, María...»

Ya no creo, no creo.

Hace ya mucho tiempo que la ilusión se vuelve  
transparente como un cristal que la mirada  
de mi alma atraviesa para ver en el fondo  
la descarnada imagen de la inmóvil verdad.

Hace ya tanto tiempo que se fué la ilusión...

Pero cuando en la paz del campo y de la tarde  
vuelven a mí las suaves palabras «Dios te salve,  
María», algo en mi alma tiembla, como el recuerdo  
de un sueño de ternura, se humedecen mis ojos  
y una triste dulzura entra en mi corazón.

## MI DIOS

**M**I Dios es grande, más que el tuyo es grande  
y es suave y es terrible en su grandeza.  
No lo conmueven dádivas mezquinas,  
ni flores delicadas, ni alba cera  
que consume ardiendo vanamente.

Sólo a mi Dios conmueve la honda queja  
de angustia que el dolor arrancó al alma.

Toda mi vida, toda, fué una de esas  
plegarias clamorosas, uno de esos  
gritos inacabables. Tan inmensa  
distancia hay a mi Dios y a tanta altura  
de este mundo minúsculo se encuentra,  
que a Él llega sólo ahora mi alarido.

Me ha oído, al fin. Lo sé por tu presencia,  
Lo sé porque te hallé, soñada mía.

Tus ojos me miraban y eran ciegas  
para ti mis pupilas, o tu imagen  
como un cristal se hacía para ellas.

Tus labios me llamaban. Yo no oía  
tu llamado de amor.

Ansia secreta  
daba a tu corazón un ritmo acorde  
con el del mío y yo ignoraba esa  
misteriosa armonía...

Se tendían  
tus brazos hacia mí. Cerca, muy cerca  
de ti pasé... Y pasé. No caí en ellos.

Pero un día, el clamor de mi honda queja,  
mi alarido de angustia, como un vago  
gemido, que en la noche vuela y vuela,  
fué a conmover al Dios alto y lejano.

Entonces ví tus ojos y en la tierna  
mirada de tus ojos, Dios se hallaba.  
Oí entonces tu voz cálida y lenta  
y en su acento profundo Dios me hablaba.  
Sentí entonces que un mismo ritmo daban  
tu corazón y el mío, y en aquella  
misteriosa armonía, Dios estaba.

Entonces no pasé, como antes fuera,  
por delante de ti sin detenerme.  
Entonces me arrojé en tus brazos, y era  
como si al estrecharme tú en tus brazos,  
Dios, al fin, un refugio, en ti me diera!

## ADORACIÓN

**T**US manos presurosas se afanaron y luego,  
como un montón de sombra, cayó el traje a tus pies,  
y confiadamente, con divino sosiego,  
surgió ante mí tu virgen y suave desnudez.

Tu cuerpo fino, elástico, su esbelta gracia erguía.  
Eras en la penumbra como una claridad.  
En un cándido velo, que toda te envolvía,  
la inefable dulzura de tu serenidad.

Con el alma en los ojos te contemplé extasiado.  
Fuí a pronunciar tu nombre y me quedé sin voz...  
Y por mi sér entero pasó un temblor sagrado  
como si en ti, desnuda, se me mostrara Dios.

## AQUELLA TARDE...



QUELLA tarde única se ha quedado en mi alma.  
Su luz flota en la sombra de mi noche interior.

Sólo una fugitiva vislumbre en la ventana;  
sólo un azul reflejo; nada más que un vapor  
de luz que se filtraba por las breves junturas;  
sólo un vaho de cielo, no más que una ilusión  
de claridad fluyendo por entre los postigos.  
Nada más que el ensueño de aquel suave fulgor.

Sólo esa fugitiva vislumbre en la ventana.  
No más. Y en la penumbra, libres al fin, tú y yo.

En silencio llegaba yo al fondo de la dicha;  
con infantil dulzura, tú gemías de amor.

Sólo el azul reflejo de aquella tarde única.  
¿No ves tú en la ventana? ¿No ves tú? Quizás no.  
Acaso no lo viste, porque cuando yo inmóvil  
me quedé contemplando aquel suave fulgor,  
tú en aquellos momentos de lánguido reposo  
dormías dulcemente sobre mi corazón.

Veo la fugitiva vislumbre en la ventana;  
oigo el ritmo apacible de tu respiración.  
Te siento. En la penumbra te siento. Eres tú misma  
que te duermes, ya mía, sobre mi corazón.

# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Prólogo</i> .....	7

## DE FACETAS

Mañana de Abril.....	13
Elegía de Otoño.....	15
Marina.....	18
La siesta.....	20
El riego.....	21
El regreso.....	22

## DE MATICES

Sobremesa alegre.....	25
Noche de Invierno.....	26
De mis días tristes.....	28
Los bueyes.....	31
Final de Otoño.....	35



## DE LA JORNADA

	<u>Págs.</u>
La Jornada.....	41
El patio dormido.....	47
La niña jadeante.....	48
El estanque.....	50
Al Sol.....	53
El barco viejo.....	55
Mañana Gris.....	56
Tardes de la ciudad.....	59
La carreta.....	61
Los gatos viejos.....	65
Día de lluvia.....	67
El baño.....	68
El vendimiador a su amada.....	69
El regreso.....	72
Ella dice:.....	75
Dice él:.....	76
Viaje de ensueño.....	77
Nadie ve, ni tú misma.....	81
El sendero.....	83
El paseo solitario.....	85
El rompimiento.....	89
Jamás.....	93
<i>Maese Salomón</i> .....	95
El misterio de la pieza vacía.....	98
El regreso.....	100
El asombro de la Selva.....	102
El discurso.....	104

	Págs.
Las crueldades del bosque.....	106
La tempestad.....	108
La caída de Salomón.....	111
El hallazgo.....	113

### DE LA CASA JUNTO AL MAR

La canción de los martillos.....	117
Las ventanas.....	119
El viento.....	122
Los bueyes libres.....	124
Caminamos.....	125
Marina.....	127
Por la orilla de la mar.....	128
El camino solitario.....	130
En la quietud de la tarde.....	132
Alma mía.....	134
Luna de la media noche.....	136
Día nublado.....	137
¿Recuerdas?.....	139
Sueños, sueños míos.....	140
Canción triste.....	142
Himno al amor.....	144
Amor.....	147
Como un convaleciente.....	148
El buen olvido.....	149
La cita.....	150
Sentirse fuerte.....	151
Reconciliación.....	152

	<u>Págs.</u>
Serenamente .....	155
Suave sendero mío.....	156
En la sombra.....	158
Sentir.....	159
Apaisement.....	160
La llama.....	161
A mi hija.....	163
Madre mía.....	165

### DE FLORILEGIO

El manantial.....	169
La torrentera.....	170
El arroyo.....	171
Angelus.....	172
Mi Dios.....	173
Ella viene.....	175
Adoración,....	177
Aquella tarde.....	178

# OBRAS DE LA EDITORIAL NASCIMENTO:

Se remiten a vuelta de correo contra giro postal o letra

Gabriela Mistral, «Desolación» . . . . .	\$ 8.—	J. Edwards Bello, «La Muerte de Vanderbilt» . . . . .	\$ 6.—
Federico Gana, «Cuentos Completos» . . . . .	6.—	«Cuentos de Todos Colores» . . . . .	5.—
Mariano Latorre, «Ully» . . . . .	5.—	Armando Moock, «Sol de Amor» . . . . .	6.—
«Zurzulita» (Novela) . . . . .	6.—	Stoddard, «La amenaza del Sub-Hombre» . . . . .	4.50
«Sus mejores Cuentos» . . . . .	6.—	O. Swett Marden, «Voluntad de Acero» . . . . .	2.50
Salvador Reyes, «El Último Pirata» . . . . .	6.—	«Cada Hombre un Rey» . . . . .	5.—
Pedro Sienna, «El Tinglado de la Farsa» (Poesías) . . . . .	6.—	«Puede el que cree que puede» . . . . .	5.—
«La Caverna de los Murciélagos» (Novela) . . . . .	6.—	Vives Solar, «Rapa Nui»	3.50
Dr. Valdés Cange (Alejandro Venegas) «Por Propias y Extrañas Tierras» . . . . .	6.—	Guerra Junqueiro, «Sus mejores Poemas» . . . . .	6.—
Eusebio Lillo, «Poesías» . . . . .	6.—	Amado Nervo, «Sus mejores Poemas» . . . . .	6.—
Pedro Antonio González, «Poesías» . . . . .	6.—	Armando Donoso, «Nuestros Poetas» (Antología) . . . . .	10.—
Teresa Wilms Montt, «Lo que no se ha dicho» . . . . .	6.—	«Bilbao y su tiempo» . . . . .	4.—
Rafael Maluenda, «La señorita Ana» . . . . .	5.—	«El alma de Alessandri» . . . . .	4.—
«La cantinera de las trenzas rubias» . . . . .	5.—	«Las mejores Poesías para la Declamación» . . . . .	6.—
Eduardo Barrios, «El niño que enloqueció de amor» . . . . .	4.—	Elfie A. Rowland, «Ambición de Madre» (Novela) . . . . .	5.—
«Páginas de un Pobre Diablo» . . . . .	6.—	Vicuña Mackenna, «Seis Años en el Senado de Chile» . . . . .	2.—
Víctor Domingo Silva, «Palomilla Brava» . . . . .	6.—	Pedro Prado, «Un Juez Rural» . . . . .	6.—
«Golondrina de Invierno» . . . . .	5.—	«Androvar» (poema dramático) . . . . .	5.—
«Sus Mejores Poemas» . . . . .	6.—	Pablo Neruda, «Veinte Poemas de amor y una Canción Desesperada» . . . . .	
César Cascabel, «Cien Nuevas Crónicas» . . . . .	5.50	«El Habitante y su Esranza» . . . . .	
«Reflexiones de un Optimista» . . . . .	6.—	Anatole France, «Páginas escogidas» . . . . .	
Daniel de la Vega, «Las Montañas Ardientes» . . . . .	2.50	A. L., «Hogar» (Novela) . . . . .	
«La música que pasa» . . . . .	2.50	Romain Rolland, «Mamá Gandhi» . . . . .	
«Los Horizontes» . . . . .	4.—	Juan Guzmán Crucha, «Agua de Cielo» . . . . .	
«La Luna Enemiga» . . . . .	3.—	Henri Ardel, «Corazón Escéptico» . . . . .	
«Un año de Inquietud» . . . . .	6.—	«Cómo se juega al Football», con ilustraciones y el reglamento oficial . . . . .	2.—
Vicente Huidobro, «Vientos Contrarios» . . . . .	6.—		
T. Galica Martínez, «Los Figurones» (Novela) . . . . .	5.—		
«Fifi» (Novela) . . . . .	6.—		
Senén Palacios, «Hogar Chileno» . . . . .	8.—		